



ÉPOCA 4.^a—AÑO X.—TOMO VIII

NÚMERO 23.—Madrid 15 de Agosto de 1885

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. ls.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por X.—*Los grabados*.—*Lo que vale un pedazo de pan*, por D. A. G.—*La iglesia de San Roque*.—*La basilica compostelana* (continuación), por D. J. Fernández Sánchez y D. F. Freire Barreiro.—*La Prensa discreta*, por D. Mariano Barsi Contardi.—*El cura de la aldea de San Pedro*.—*Un manuscrito inédito del P. Ribadeneira* (continuación).—*Aurora* (continuación), por D. Vicente Aspa.—*Patriotismo y abnegación* (continuación), por Esteban Marcel.—*Miscelánea*.—*Advertencia*.
GRABADOS.—*San Vicente de Paúl*.—*La Asunción de Nuestra Señora*.—*Iglesia de San Roque en París*.—*Desfiladero de Zulficar en el Afghanistan*.

LA DECENA



Él la descripción del suceso, sobria y elegantemente escrita; digna de Tácito.

Y, sin embargo, no era Tácito precisamente el historiador, porque se manifestaba bastante expreso.

No consignaré la vulgarísima hipérbole capilar empleada por todos cuantos refieren espantosas catástrofes. No diré que se me pusieron los pelos de punta, porque los únicos de estos bienes raíces que poseo son los de la peluca, y no la gasto en verano.

Pero sí diré que el pavoroso relato me *emocionó* profundamente. (Con esto me acomodo mejor al estilo moderno de escribir cartas, memoriales y revistas.)

Era aquel, más que un cuadro, todo un museo de horrores.

El genio de la desolación había tendido sus negras alas sobre aquel vasto escenario...

Gritos de angustia escapados de millares de gargantas; alaridos de dolor de las víctimas; imprecaciones de los hombres; sollozos de las mujeres; llanto de los niños; voces que demandan auxilio á los que huyen; rostros desencajados, lívidos, hipócráticos; miembros rotos ó descoyuntados; confusión horrenda, en que unos á otros se atropellan, se derriban, se pisotean; ropas desgarradas, cuyos jirones vuelan por los aires y alfombran el lugar de la catástrofe... Y, como nota saliente en aquel bárbaro desconcierto, el despiadado instinto de la propia conservación, azotado por la fusta del terror pánico, buscando la salvación del individuo á costa de

la vida del prójimo, y arrollando cuanto se opone á su vertiginosa carrera...

Renunció á continuar la pintura: cada cual puede figurársela como quiera.

¿Pero qué ha sido ello? — me preguntarán los lectores. — ¿En que región del globo ha ocurrido? ¿A qué período histórico pertenece ese suceso? ¿Qué terremoto, qué inundaciones, qué hecatombe, qué epidemia, qué cataclismo geológico ha producido tan lúgubres sucesos?

Si estas preguntas me las hiciera en extranjero, le contestaría diciendo: «Ha sido una broma.»

Pero á ustedes, queridísimos lectores, se lo diré todo: «¡Ha sido una diversión!»

Entendámonos: no ha sido diversión, sino incidente, muy serio, pero incidente al fin, de una diversión.

Dicho se está que esta clase de incidentes que producen víctimas no se desprenden de toda clase de diversiones, sino de una *sola diversión*, de la diversión *nacional* por excelencia; así como el rayo no se desprende de todas las nubes, sino de aquellas que están cargadas de electricidad.

Pues sí, señores, en una corrida de toros celebrada ha pocos días en Vitoria ocurrieron todas esas peripecias de que he hablado y muchas más de que no he querido hablar, pero que ustedes podrán figurárselas, sabiendo que uno de los toros destinados á divertir al público tomó su papel tan por lo serio, que desde la arena saltó al tendido, con una fuerza de músculos y de lógica que rara vez se ve reunida en un individuo de la raza cornipeta.

Esto de la lógica necesita una explicación, y yo creo poderla dar en elogio del toro.

Al salir éste del chiquero y ver cuajados de gente los asientos de la plaza, dijo para sus adentros: «todas estas señoras y caballeros se divierten extraordinariamente conmigo; pues si tanto les divierto, siendo así que sólo me ven de lejos, mucho más les divertiría si me vieran de cerca. Ea, pues allá voy.» Y de un salto se plantó entre los espectadores, cuya lógica, por lo visto, no era tan retorcida y afilada como la del toro, puesto que quedó demostrado que se divertían menos á medida que el bicho se acercaba más. ¡Fiense ustedes de la lógica en materia de diversiones nacionales! O, como dirían muchos aficionados, escurriendo el bulto: «¡Fíate en la lógica y no corras!»

Por supuesto que, según he oído á muy autorizados taurófilos, aquel atrevido salto del toro se verificó contra todas las reglas del arte. Fué una violación del código fundamental del toreo y una trasgresión de la etiqueta y hasta de las conveniencias taurinas.

Tengo para mí que se ha dado mayor alcance del que tuvo á la intención del animal. Tal vez se proponía únicamente realizar lo que debe ser el bello



SAN VICENTE DE PAÚL,

DECLARADO RECIENTEMENTE PATRÓN DE TODAS LAS OBRAS DE CARIDAD.

Dibujo á pluma de Mons. de Lagur.

ideal de cualquier individuo de la raza bovina: *ver los toros desde la barrera*.

Lo cierto es que la diversión, momentáneamente interrumpida por aquel episodio no anunciado en los carteles, *continuó* como si tal cosa, después de *fusilado* el desertor del redondel; y que los espectadores que no habían tenido que retirarse lisiados de la plaza, abandonaron ésta una vez terminado el espectáculo nacional, y que todos ellos iban hablando con animación.

No sé lo que dirían; pero sí lo que yo hubiera dicho en su lugar: «¡Cómo nos hemos divertido!»

No estará fuera de propósito, hablando de toros, decir que un Ayuntamiento de España, el nombre no hace al caso, ha regalado un estoque de honor al diestro Mazzantini. Están de enhorabuena el matador y los toros; el primero por la distinción recibida, y los segundos por la honra que les espera de morir al filo de un *estoque municipal*.

Tengo que rectificar el precio y el peso de una noticia que expendí en mi revista anterior. Dije, porque lo creí de buena fe al verlo consignado en un periódico formal, que en algunos puestos habían bajado el precio de la carne. No hay tales carneros. No se ha rebajado el precio de este artículo para los que le consumen, sino para los que le venden, que satisfacen á la Hacienda, desde hace mes y medio, treinta ó cuarenta céntimos menos en cada kilogramo.

¡Ah! se me olvidaba decir que los carniceros han echado á volar la especie (que no es lo mismo que echar á volar bueyes) de que habrán de encarecerse las carnes en breve, á pretexto de que la epidemia colérica influye en el surtido de reses para los mercados. Ya verán ustedes cómo no tengo que rectificar esta noticia.

Volvamos la hoja á más graves é importantes asuntos.

El Sr. Obispo de la nueva diócesis de Madrid-Alcalá, ha dispuesto la celebración de una solemne novena á Nuestra Señora del Buen Consejo en la Catedral de San Isidro, para implorar del Altísimo tienda el manto de su misericordia sobre las desdichadas comarcas de nuestra patria que sufren los rigores de la epidemia.

Ha ordenado asimismo que se hagan rogativas durante tres días consecutivos, en todas las parroquias y conventos de esta Corte, y por espacio de otros tres en la Catedral.

Todas las clases sociales, identificadas con tan laudable pensamiento, unen sus preces á las de la Iglesia, y á cambio de la bendición episcopal, derramarán sus bendiciones de cariño y sus lágrimas de agradecimiento sobre el dignísimo Prelado, que inaugura su mando espiritual de una manera tan agradable á Dios como á los hombres.

No quiero hablar (que bien podría) de otro género de auxilios y beneficios, que ya se rozan con lo temporal, dispensados por el Sr. Obispo á los menesterosos, ni de los ofrecimientos que ha hecho para una triste eventualidad, que esperamos en Dios no llegará para nuestro querido pueblo. No quiero, porque sería empequeñecer la alta personalidad de este insigne Pastor, cuyas esclarecidas dotes de virtud, prudencia, sabiduría, entereza de carácter y caridad cristiana eran ya bien notorias y apreciadas de los habitantes de Madrid. La fama se había apresurado á dármeles á conocer á despecho de la humildad del Prelado.

La fama es indiscreta y vocinglera, y cuando tiene algo que contar, alza su vuelo para difundirlo por el mundo, sin reparar en que muchas veces, al desplegar sus alas, sacude el polvillo de oro que las cubre, y con él empaña, sin quererlo, el purísimo carmín de la modestia.

Cuarenta mil víctimas próximamente ha hecho en España, hasta esta fecha, la epidemia colérica, según los datos oficiales, y el número de invadidos se acerca á *ciento sesenta mil*. Pocas son las provincias que se han salvado hasta hoy del terrible azote.

Los habitantes de Madrid no somos los que menos tenemos que agradecer á la Providencia, por más que no nos veamos en absoluto libres del maligno huésped desde hace cerca de tres meses. Pero esta misma circunstancia y el exiguo contingente que una masa de 400.000 almas ha dado á la enfermedad, debe alentar en nuestro pecho la esperanza de que desaparezca en plazo no lejano la epi-

demia, sin dejar en pos de sí las tristes huellas con que ha marcado su paso por otras infortunadas poblaciones.

¡Confíemos en Dios!

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



El asunto más importante que en estos días embarga la atención de la prensa europea es la visita, ó más bien las visitas de los emperadores. Se ha verificado ya la primera del emperador de Austria al de Alemania en Gastein. Hasta ahora no sabemos más sino que ha sido cordialísima; tanto, que al separarse los soberanos alemanes se han dado tres abrazos en presencia de la multitud, que aplaudió esta cordialidad con frenético entusiasmo.

La entrevista de los emperadores de Austria y Rusia se verificará en Kremsier á mediados de Septiembre. Asistirán á ella las familias de ambos soberanos y sus ministros de Relaciones extranjeras.

El objeto de estas entrevistas imperiales no es otro que el proceder los tres poderosos monarcas de acuerdo en la represión del socialismo, que todo lo invade y amenaza sus tronos, y el de mantener el equilibrio europeo.

Quiera Dios que, aleccionados por la experiencia de los siglos, comprendan los príncipes temporales que la fuerza más poderosa y eficaz para mantener en orden sus pueblos es la que Dios ha dado á su Iglesia.

La cuestión afgana ni se resuelve ni lleva trazas de acabar en paz, según las nebulosidades en que está envuelta. Estos días se ha comentado mucho la siguiente declaración del *Standard*:

«Si el Gobierno ruso persiste en alargar indefinidamente la solución de la cuestión del Afghanistan, el Gobierno inglés deberá examinar si debe preferir una solución cualquiera á una tregua armada, durante la cual los rusos aprovecharán todas las ocasiones que se les presenten para atraerse á los aliados de Inglaterra.»

En efecto, se observa que el plan de Rusia consiste en dar largas al asunto, y entretanto no sólo gana alianzas en las tribus del Asia, sino que levanta fortificaciones, lleva y trae guarniciones, estudia el país y prepara planes estratégicos para las eventualidades de lo porvenir.

El pobre emir, cuya situación no puede ser más difícil, pues se ve expuesto á ser aplastado en el choque de las dos grandes potencias, hace lo que puede por mantener su independencia, y al efecto está reclutando tropas, adquiriendo armamento y fortificando las fronteras de sus Estados.

Que esta situación no es durable, lo comprende cualquiera; pero ¿cuál será la solución? ¿Cuándo tendrá efecto? En discutir estas preguntas se devanan los sesos los diplomáticos.

Mientras se mantiene en pie este peligro para Inglaterra en el Asia, no lleva mejor camino de solución pronta y pacífica la cuestión de Egipto en el Africa. El nuevo Gobierno inglés se muestra animado de grandes deseos de resolver el enigma faraónico; pero las dificultades son cada día más insuperables. Ahora quiere entenderse con el Sultán, y al efecto ha enviado un comisionado, el Sr. Wolff, á Constantinopla para tratar con la Sublime Puerta de una alianza que facilite el arreglo de los asuntos de Egipto.

En la Cámara de los Comunes se trató el día 5 de este asunto, y el Gobierno declaró que mantendrá al actual khedive en su puesto, y que aspira, con grandes reformas, á hacer del Egipto una potencia respetable, que pueda defender contra los enemigos interiores y exteriores los grandes intereses que Europa le tiene confiados. No sabemos qué cara pondría el general Wolsley al oír estas declaraciones.

Aunque el verano es la estación del año en que más paralizados están los negocios, suele ser, tal vez por lo mismo, la época en que más se habla y se proyecta. Los diplomáticos, reunidos en las estaciones balnearias, entretienen el tiempo en exponer sus ideas acerca de la marcha del mundo. Ahora se habla mucho de alianzas. Se dice que Francia quiere aliarse con Inglaterra, y que Alemania lleva muy á mal esta mira de su rival, á quien desea tener sometida. También se habla de una alianza, apetecida por Bismarck, de Alemania, Austria y Francia.

Damos estas noticias porque son de actualidad, pero no creemos que tengan grande importancia. Sólo en el caso de que estallase la guerra entre In-

glaterra y Rusia, sería cuando la cuestión de alianzas tendría verdadero interés. ¿Serán estas noticias, vagas al parecer, presentimientos de complicaciones próximas y de sucesos ruidosos y graves para Europa? Es posible. Por ahora no pasan de la categoría de conversaciones diplomáticas.

Saben nuestros lectores que, por echar su cuarto á espadas, el Gobierno italiano envió hace algunos meses una expedición á Masawah, en la costa africana del mar Rojo. Aquello parecía ser el primer paso de una conquista que diese á Italia gran influencia en Africa, capaz de sobreponerse á los ingleses.

Pues bien; el primer paso se dió, pero con tan adversa suerte, que la guarnición italiana va desapareciendo víctima de los rigores del clima.

De una carta del Cairo copiamos este párrafo: «Desde hace algún tiempo, en Egipto no se habla de Masawah ni de los italianos allí residentes, sino para compadecerlos; pues según las noticias más recientes de allá, las enfermedades diezman á aquellas tropas, y no hay transporte que no vuelva á Italia con gran número de aquellos infelices que fueren en buena salud y vuelven enfermos, purgando así los pecados del Gobierno italiano.»

La expedición, pues, ha fracasado. Era de esperar este resultado; pues cuando los ingleses la consintieron era prueba de que la ocupación de Masawah no era ninguna ganga.

En la segunda semana de este mes se ha celebrado la reunión anual de los Obispos alemanes en Fulda, junto al sepulcro de San Bonifacio.

Sabemos, por un telegrama de Berlín, que la reunión de este año ha tenido especial importancia, pues en ella ha sido aprobado un reglamento para la enseñanza eclesiástica, que responde á las necesidades presentes y á las circunstancias en que se encuentra la Iglesia en Alemania. Añadamos á esta noticia otra que publica la *Germania*: Monseñor Borowski será probablemente nombrado Obispo de Ermeland, cuya Silla queda vacante por la promoción de Mons. Kremetz á la de Colonia. Este candidato no es polaco, á pesar de su apellido, y forma parte del centro católico en la Cámara de diputados del Landtag prusiano.

La Iglesia católica parece que comienza á gozar de alguna libertad en Prusia.

Quiera Dios que la goce completa para bien de los fieles y tranquilidad del Estado.

Ha vuelto á presentarse el cólera en Marsella. Con esta noticia ha coincidido la publicación en el *Diario oficial* del Gobierno francés de un decreto concediendo la gran Cruz de la Legión de Honor á la Superiora de las Hermanas de la Caridad de aquella ciudad, por los méritos contraídos en la invasión pasada.

Aun no hace cuatro años que estas mujeres heroicas y muchas hermanas suyas eran arrojadas de Francia.

¡Y aun discute la ciencia humana sobre las causas del cólera!

Vamos á terminar esta crónica con una nueva estadística acerca de los progresos del catolicismo en los Estados-Unidos. Este asunto nos interesa profundamente, y aunque infunda miedo por Europa, consuela el corazón de las penas que nos causan los estragos de la impiedad.

Al proclamarse la independencia de los Estados-Unidos, los católicos se encontraban reducidos al número de veinticinco mil en todo el país, con veinticinco sacerdotes y sin ningún Obispo, siendo el primero de éstos nombrado en 1789 por el Papa Pío VI en Bula de 6 de Octubre, Juan Carroll, de la Compañía de Jesús.

Hoy la Iglesia católica cuenta con cerca de ocho millones de fieles repartidos por el inmenso territorio de la Unión, y la jerarquía eclesiástica se compone de un Cardenal, catorce Arzobispos y sesenta y un Obispos.

He aquí la nacionalidad de estos Prelados:

Nacidos en Irlanda, los Arzobispos Kenrick, Ryan, Techan; los Obispos Conroy Fitzgerald, Tigg, O'Reilly, Bradley, Moore, Hennessy, Hendricksen, Hogan, Ireland, Keane, Manogue, Mullen, O'Connell, O'Farrell, O'Connor; é hijos de padres irlandeses y nacidos en América, el Cardenal Mac Closkey, los Arzobispos Gibux, Williams, Corrigan y Riordan, y los Obispos Ryan, Macquaid, Shanohan, Mac Neirny, Mac Mahón, Maccloskey, Kain, Gallagher, Healy y Cosgrove.

Nueve Prelados son de origen inglés: el Arzobispo Elder, y los Obispos Becker, Chasard, Grace, Manney, Spolding, Wadhams, Watterson y Northrop. El Arzobispo Heiss y los Obispos Baltes, Borgess,

Finck, Flash, Junger, Krantbaner, Richter y Seidenbush, son oriundos de Alemania; los Obispos Dwenger, Wigger y Hademacher son nacidos en América de padres alemanes, y el Obispo Gross es de origen germano irlandés.

Francia ha dado ocho Obispos a los Estados Unidos, los Arzobispos Leray, Lamy y Salpointe y los Obispos de Goesbriand, Machebaeuf, Neraz, Robot y Durier.

Cuatro son hijos de Bélgica: el Arzobispo Seghers y los Obispos Brondel, Maes y Glorieux; dos son españoles: el Arzobispo Alemany y el Obispo Mora; el Obispo Gilmour es escocés, el Obispo Marte, suizo; el Obispo Jassens, holandés, y el Obispo Verth de la Esclavonia.

X.

LOS GRABADOS

SAN VICENTE DE PAÚL

declarado recientemente patrón de todas las obras de caridad.

Dibujo a pluma de Mons. de Lagur.

Dos circunstancias dan actualidad a este retrato: la reciente declaración de la Santa Sede, que eleva a la categoría de patrón universal de todas las obras de caridad a San Vicente, y los actos heroicos de que están dando ejemplo admirable las angelicales hijas de este santo patrono.

No es este el lugar a propósito para escribir la fecundísima vida de San Vicente de Paul: sólo consignaremos algunas fechas. Nació el Santo en Pouy en 1576. Fué ordenado Presbítero el 23 de Septiembre de 1600. En 1617 fundó la primera Cofradía de la Caridad, siendo párroco de Chatillon-les-dombes. En 1625 fundó la Congregación de la Misión. En 1630 las Hermanas de la Caridad. Murió el 25 de Septiembre de 1660.

El retrato que publicamos es de un mérito especial. Fué dibujado a pluma por Mons. de Lagur, el célebre Prelado francés, recientemente fallecido, que antes de perder la vista era hábil dibujante. Es el retrato de un santo hecho por otro santo.

ARTE CRISTIANO: LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.

Cuadro del Tiziano.

Entrando en la Academia de Bellas Artes de Venecia, y después de pasar el vestibulo dedicado a las obras de escultura, el viajero se ve sorprendido ante la espaciosa sala que lleva el título de la *Asunción*, donde se guardan las obras más insignes de los pintores venecianos. Allí *El Milagro de San Marcos*, de Tintoretto, tal vez la composición más brillante de la escuela veneciana; *La Virgen y Santo Domingo distribuyendo rosas*, de Pablo Veronés; *La Visión del Apocalipsis*, de Palma el joven; *La Incredulidad de Santo Tomás*, de Bassano, y otras obras admirables de esta escuela llenas de gracia, de brillantez, de rico y espléndido colorido. Pero a todas las preside como reina desde su trono la *Asunción de Nuestra Señora*, pintada por el Tiziano, considerada por los italianos como una de sus mayores glorias, y cien veces reproducida por la fotografía y por el grabado. Ha tiempo que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA la publicó, pero la estampación resultó tan borrosa, que apenas se veía. Por eso hoy nos creemos en el caso de reproducirla. Perdido, según parece, por muchos años el recuerdo de esta hermosa composición, hubo de ser hallada por el pintor Cicognara en lo alto de una pared de la iglesia de los Ferari, como si allí quisiera vivir oscurecida para recatarse de la mano de los especuladores. Después de varias vicisitudes, el cuadro, convenientemente restaurado, pasó a formar parte del Museo Veneciano, donde en la actualidad se conserva. Tiziano Vecelli de Cadore (1477-1576) pintó este cuadro en el período de mayor madurez de su admirable vida artística, una de las más fecundas y gloriosas de los pintores italianos.

Con ella puso colmo a su reputación, porque, en efecto, con ella excedió a todas las suyas, frizando con el mérito de las más insignes de su tiempo. A la antigua escuela veneciana, representada por Bellini, abrió el Tiziano nuevos horizontes, mostrando el incomparable arrojé de su pincel los altos vuelos a que puede remontarse la imaginación de un artista cristiano. "Inútil es sin duda, dice un crítico poco piadoso, elogiar las diversas bellezas, describir la misteriosa majestad del Padre Eterno, la brillantez deslumbradora del grupo de la Virgen, conducida por treinta angelitos, y la vigorosa realidad de los demás personajes quedados en tierra y testigos del milagro: basta recordar que en este cuadro Tiziano merece, con justicia, el nombre que le dieron sus biógrafos y admiradores, el del más grande colorista de Italia; y yo añado, que si no se le puede llamar precisamente el mayor colorista del mundo, no comparte al menos este título insignie más que con Rubens, Velázquez y Rembrandt. Tiziano fué en la escuela veneciana lo que habían sido Leonardo, Miguel Ángel, Rafael y Correggio en Milán, Florencia, Roma y Parma: "absorbió a sus antepasados y arruinó a sus sucesores."

El cuadro mide seis metros y noventa centímetros de alto, y tres metros sesenta centímetros de ancho.

Nuestros lectores se gozarán con la posesión de este grabado, pues el misterio de la Asunción de la Virgen Nuestra Señora, complemento, por decirlo así, de la Concepción Inmaculada, ha sido desde antiguo muy venerado en España. Por eso nuestras catedrales más antiguas están dedicadas a este misterio, del cual existe, en un sarcófago de la cripta

de Santa Engracia de Zaragoza, simbólica escultura que se remonta al siglo III.

Los trabajos para la declaración dogmática de la Asunción de la Virgen son cada día más autorizados, y ojalá que pronto ciña la Iglesia a la Madre de Dios esta nueva corona de gloria.

IGLESIA DE SAN ROQUE EN PARÍS.

La más antigua parroquia de la capital de Francia está dedicada a San Roque. Véase el artículo que publicamos en otro lugar describiendo este templo, objeto de gran veneración, especialmente en las presentes circunstancias.

DESFILADERO DE ZULFIKAR EN EL AFGHANISTAN.

Este es el límite de la frontera que reclaman los rusos. Zulfikar quiere decir en turco mano "la espada del profeta," de Mahomet, Zu-al-Jakar, porque este punto ha estado siempre muy fortificado contra las incursiones de los tekos. Tiene una extensión de cinco kilómetros. En su entrada su anchura es de 500 metros, pero va estrechándose hasta llegar a un punto en que sólo mide 30 metros. Los flancos son enormes precipicios. Los rusos llaman a este sitio "las Termópilas de Herat," porque un puñado de hombres pueden defenderlo contra un ejército numeroso. Este paso es la llave de la India, pues por él puede un ejército trasladarse en poco tiempo de una ribera a otra del Heri-Rud y hacerse dueño del valle del Herat.

Los rusos tienen 1,500 hombres en Zulfikar y otro destacamento en Pulicatun. Los afghanes se hallan casi indefensos en la frontera, pues han concentrado todas sus fuerzas en Herat. La situación, por lo tanto, no puede ser más favorable a los rusos, si llegase a estallar la guerra del elefante y la ballena, como la llaman los diplomáticos.

Los cuales, en su mayoría, creen que, más tarde o más pronto, Herat caerá en poder de los rusos, lo cual será un golpe fatal para el prestigio de los ingleses en la India. Los rusos tienen más influencia que los ingleses en el Asia Central, porque de raza slava, con mezcla de mongola, son en cierto modo asiáticos, o si se quiere turcomanos. Los ingleses, que carecen de estas ventajas, tienen también en contra la escasez de ejército, pues sus poderosas flotas no valen para luchar en desfiladeros como el de Zulfikar.

Es lo probable que el Asia sea del elefante más bien que de la ballena. Allí veremos.

LO QUE VALE UN PEDAZO DE PAN

PASA ya por axioma indisputable que los hechos más notables y los efectos más trascendentales pueden depender y dependen a veces de causas muy pequeñas. La historia de los hombres y de las ciencias está llena de ejemplos elocuentes que atestiguan esta verdad.

Entre esas causas pequeñas que pueden ser generadoras de cosas grandes, bien podemos señalar muchos hechos cuyo móvil es la caridad. El vendaje aplicado prontamente a una herida profunda detiene la salida violenta de la sangre, que acabaría con la vida del herido; un toscó abrigo, un vaso de vino o un poco de fuego salva al pobre o al viajero que cayó medio helado ya sobre la nieve; quien recoge un niño recién nacido y abandonado y lo lleva al torno de la Inclusa, conserva una existencia próxima a extinguirse; una palabra de consuelo, un socorro oportuno, detiene a veces la mano de un hombre desesperado o loco, que va a ser suicida. En estos y otros muchos casos semejantes, la acción caritativa hace prodigios y se goza en su obra sencilla y fácil porque ve al momento sus resultados.

Pero no faltan ocasiones en que esa caridad sirve de instrumento inconsciente para hechos grandiosos que la Providencia quiere se ejecuten con medios humildes, a fin de dejar en la historia de la humanidad un recuerdo y una prueba de lo que encierran de tierno y trascendental esos catorce preceptos cristianos que se llaman *obras de misericordia*.

Dar, por ejemplo, un pedazo de pan y un vaso de agua al mendigo que desfallece de hambre, ¿no es la caridad más sencilla, más modesta y más al alcance de todos? Pocas casas, pocas chozas, por miserables que sean, dejarán de poder dar pan y agua al pobre viajero que cae a su puerta extenuado de fatiga. Pues con ser caridad tan pequeña, vamos a recordar con un hecho histórico las consecuencias que puede traer ese pedazo de pan y vaso de agua dado con caritativa oportunidad.

A la caída de una fría tarde de invierno del año 1484, un hombre de cincuenta años, llevando de la mano a su hijo, de tierna edad, llegaba a la puerta de un convento situado en las playas meridionales de España. El aspecto del viajero, su traje deteriorado y su semblante abatido, revelaban una penosa fatiga y una grande pobreza; pero un observador hubiera adivinado que no era un mendigo vagabundo, y que su frente despejada, los surcos prematuros de su rostro y cierta viveza e intensidad

de su mirada, descubrían un hombre nada vulgar.

El pobre viajero soportaba valerosamente el cansancio, el hambre y la sed, pero le partían el corazón de dolor los quejidos de su hijo, que no podía ya continuar el camino y que pedía a su padre un poco de pan.

El desgraciado vió afortunadamente allí cerca el convento a cuya entrada había una cruz. Puerta que se distingue con este signo de la redención del mundo, hecha con sacrificio de amor divino, no puede dejar de encerrar seres que tengan para los desgraciados algo de amor humano y compasivo. Con esta confianza, el viajero llamó, se abrió la puerta y salió un lego, a quien pidió con voz doliente un poco de pan y de agua. El religioso le miró con aire de bondad, le hizo pasar adelante, invitándole a descansar, y dándole en el acto el sencillo refrigerio que pedía.

En aquel momento pasaba por allí el P. guardián, quien se informó del portero sobre los recién llegados. No era el prior un fraile vulgar. Contemplando atentamente al pobre viajero y oyéndole algunas palabras al informarse de lo que le había conducido a tan triste situación, su espíritu superior adivinó algo superior también en aquel semblante abatido. Brindóle, pues, con franca hospitalidad y con todos los socorros y consuelos que pudiera darle el convento.

En él pasaron padre e hijo muchos días. Largas conferencias a puerta cerrada mediaron entre el guardián y el caminante. Los otros frailes advertían por parte del primero un interés, un asombro y una consideración siempre creciente hacia aquel hombre tan humilde; y por parte de éste unas maneras, un entusiasmo y un aire de grandeza que revelaban un loco fanático o un genio brillante.

Aquel convento era el de Santa María de la Rábida, cerca de Moguer.

Aquel prior era el P. Fr. Juan Pérez de Marchena. Aquel viajero era... Cristóbal Colón.

Venía de Portugal y entraba como pordiosero, lleno de miseria y desengaños en la nación española, a quien empezó pidiendo pan y agua y concluyó regalándole un nuevo mundo.

Los viajes que había hecho a las islas conocidas entonces del Atlántico, los profundos estudios con que analizó sus propias observaciones, y sobre todo su genio, destello divino que Dios imprime en los hombres que destina a grandiosas empresas, le hicieron concebir la idea atrevida de que el mundo no estaba conocido más que en una pequeña parte; que había inmensos países inexplorados, y que los descubridores portugueses que habían logrado costear toda el Africa y arribar a la India, no habían llegado al fin de la tierra, sino adonde había de confluir un territorio mayor que debía encontrarse navegando atrevidamente hacia el Occidente desde las playas de la vieja Europa.

Hoy, que la geografía es ya una ciencia vulgar, nos admira todavía la inspiración del sabio genovés, pero en aquella época de ignorancia pareció tan extraordinaria, que fué rechazada casi por todos como ensueños de una imaginación calenturienta.

Colón, como dice nuestro poeta Rubí,

"Fué de corte en corte peregrino,
Brindando con riquezas y blasones; "

pero ni la poderosa República de Génova, su patria, ni el rey de Inglaterra, Enrique VII, a pesar de ser muy ilustrado, ni el de Portugal, Juan II, a pesar de estar entonces los portugueses en el período glorioso de sus descubrimientos marítimos, apreciaron la idea de Colón, el cual sólo recibía desprecios y desdenes.

Por su ventura conoció al P. Marchena, que comprendió sus ideas, las halló posibles y trató de hacerlas realizables con su influjo en la corte de los Reyes Católicos. Ayudó a Colón para vencer la preocupación de la ignorancia; consiguió que la Reina Isabel protegiese su grandiosa empresa, y el día 3 de Agosto de 1492 salía del puerto de Palos la escuadrilla descubridora, compuesta de las carabelas *Pinta*, *Niña* y *Capitana*. Setenta días después descubría Colón la América, aquel mundo nuevo que había permanecido separado y desconocido del mundo antiguo por espacio de cincuenta y seis siglos.

Cuando algunos años después Colón, en el apogeo de su gloria, recordaba al buen P. Marchena y la tarde en que abatido y pobre pidió hospitalidad en su convento, no podía menos de reconocer la influencia que tuvo en su empresa la hospitalaria acogida que allí encontró. Aquel pedazo de pan y aquel jarro de agua, dado con tan buena voluntad, le detuvieron en Santa María de la Rábida y le facilitaron el conocer a un hombre de talento elevado, digno de comprender el suyo.

¡Quién es capaz de figurarse las consecuencias

que hubiera tenido una repulsa dura dada al viajero que llamaba á la puerta del convento! Tal vez hubiese muerto de hambre, y con él hubiese perecido por entonces aquella especie de estudiosa adivinación que le hacía entrever un nuevo mundo donde otros no veían más que mares sin límites.

Sería loca exageración el querer ver un genio semejante en cada pobre que nos pide limosna con voz lastimera; pero el ejemplo del P. guardián de la Rábida nos enseña lo que puede ocultarse algunas veces bajo la capa raída del mendigo y lo que puede producir un socorro, por modesto que sea, dado con oportunidad.

Con un poco de pan y agua se sostuvo la vida del gran Colón, tan miserable y humilde entonces y tan gloriosa después. Si el pobre que nos pide pan no es un nuevo Colón, es de seguro un hermano nuestro á quien no sabemos si Dios tiene destinado para algo grande si no perece de hambre. Socorramosle, pues, pensando que si hacemos un bien notorio, quizás haremos al propio tiempo otro mayor que nos sea desconocido.

A. GUEROLA.

LA IGLESIA DE SAN ROQUE

I

VIDA DE SAN ROQUE.

El santo venerado en la iglesia parroquial de la que damos hoy una pequeña monografía procedía de padres nobles y ricos que residían en Montpellier hacia el fin del siglo XIII. Después de la muerte de sus padres distribuyó sus bienes entre los pobres y se consagró á cuidar á los enfermos hasta el día en que, atacado también de la peste, se fué casi á rastras á un lugar solitario para no contagiar á los que le rodeaban. En este lugar, desnudo y falto de todo, debió su salvación al admirable instinto de un perro, que le llevaba diariamente todo lo necesario para su curación y para su conservación. Una vez curado, San Roque pensó en volver á su ciudad natal; pero estaba desfigurado de tal modo por las muchas privaciones y trabajos que había sufrido, que su tío no quiso reconocerle y le mandó meter en un calabozo como vagamundo. Llevó con paciencia y sin exhalar la más mínima queja esta nueva prueba y se dedicó á rogar día y noche por sus perseguidores, hasta que á los cinco años murió de fatiga. Entonces le reconoció su tío por una señal que llevaba en el pecho, y lleno de dolor al pensar en tantos sufrimientos llevados con tanta paciencia, se retiró del mundo y, á ejemplo de su sobrino, repartió sus bienes entre los pobres enfermos.

II

LA IGLESIA DE SAN ROQUE.

La iglesia de San Roque debe su origen á una capillita fundada el año 1521 por un piadoso comerciante llamado Juan Dinoceau, en un terreno de su propiedad y dedicada primeramente á las cinco Llagas de Nuestro Señor y algunos años más tarde á San Roque, porque en ella se cuidaba á los peregrinos españoles que eran atacados de la peste. Esta capillita fué engrandeciéndose poco á poco y estuvo hasta 1633 bajo la dependencia de San Germán de Auxerre; pero en esta época había ya adquirido mucha importancia, por lo que Mons. Francisco de Gondi, arzobispo de París, la elevó al rango de parroquia y construyó la nueva iglesia que existe hoy y á la que puso la primera piedra en 1653 Luis XIV, á la sazón de dieciocho años. Se construyó según los planos del arquitecto Lemerrier, continuando la obra Roberto de Cote.

La dedicación, sin embargo, no se celebró hasta el año 1740; los trabajos habían ido muy lentamente, pero se les dió un gran impulso con el donativo de cien mil escudos que hizo el célebre banquero Larr, uno de los ascendientes de los modernos Lauristóns. El capítulo le había nombrado mayordomo de honor cuando se convirtió al catolicismo en 1720.

III

EL INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN ROQUE.

El interior de la iglesia de San Roque, de un estilo evidentemente inspirado en la escuela de Bramante, es notable por la armonía y la majestad del conjunto.

El edificio tiene la figura de una cruz latina, con capillas laterales; se ven varias capillas en las cuales la luz está distribuida con mucho arte y que da al

monumento una gran profundidad. Las bóvedas son muy elevadas y forman en la intersección de los brazos de la cruz una graciosa cúpula adornada con esculturas y decorada más tarde con pinturas al fresco.

La portada de la iglesia es de ese estilo un tanto frío y uniforme que caracteriza las fachadas del siglo XVIII; á pesar de no carecer de carácter particular y propio, nada ofrece digno de notarse.

Vamos á echar una rápida ojeada por las principales riquezas y objetos de arte encerrados sucesivamente en esta parroquia, una de las más importantes de París.

La escultura está profusamente representada: dos estatuas de *Couston*, Jesús en el Huerto de las Olivas y San Roque sentado junto á su perro; el Bautismo de Cristo (mármol) en la capilla de las Fuentes Bautismales; la Magdalena al pie de la Cruz (mármol) en la capilla del Calvario, por *Lemoine*; Jesucristo en la Cruz (mármol) en la capilla del Calvario; la Natividad de Jesucristo, por Augnier, en la capilla de la Santísima Virgen; San Jerónimo, por *Sigisbert de Nancy*, en la misma capilla; Jesucristo en el sepulcro y las magníficas estaciones del Calvario, por *Deseine*; entre estas estaciones hay tres que son la obra maestra de *Delaperche*; San Andrés (mármol), por *Pradier*. En la capilla conocida con el nombre de los Monumentos hay un soberbio grupo de estatuas acostadas: el mariscal de Erequi, por *Mazeline* y *Hurtrelle*; los bustos de Le Nôtre, por *Coyrevox* de *Mignazo*, por *Desjardins*, el conde de Harcourt, el mariscal de Aofelo, de Maupertuis, por *Hues*, y otros muchos.

Pondremos también entre las obras maestras: el bello púlpito esculpido en madera, por Challes, con una barandilla de hierro y cobre, magnífico trabajo de *Dore*, cerrajero del año 1759.

Este púlpito ha sufrido muchos cambios en las figuras que le sostienen. En su origen se sostenía sobre cuatro figuras que representaban las artes, pero bajo la administración del abate Olivier, el escultor *Delaperche* le rodeó con unas figuras colosales que representaban á los cuatro evangelistas. Esta modificación causó y sigue causando temores á algunos predicadores que, en medio de sus discursos, se paran creyendo que los ojos de San Marcos ó de San Lucas se fijan en ellos con severidad.

Los cuadros son muy numerosos, y como disponemos de muy poco espacio, nos contentaremos con citar los más principales.

En primera línea figura la cúpula de la capilla de la Virgen, magnífica composición de *Marie Pierre*, pintor del rey. Este cuadro tiene una superficie de 350 metros, y está reputado por una de las obras más acabadas del reinado de Luis XIV. Es una lástima que no tenga más luz, y para conseguirlo se podría emplear el procedimiento puesto en práctica para dar luz á la cúpula de San Sulpicio.

Citaremos después la predicación de San Dionisio en las Galias, soberbio lienzo de *Vien*.

Los cuadros de la capilla de San Francisco de Sales, de *Enrique Scheffer*.

Jesús resucitando á la hija de Jairo, por *Delorme*.
Jesús arrojando á los vendedores del templo, por *Thomás*.

La resurrección de Lázaro y la Anunciación atribuidos sucesivamente á *Vonnet* ó *Stella* ó á *Lemeur*.

Santa Genoveva curando á unos enfermos, por *Doyen*.

La bajada de la Cruz, por *Perignón*.

Es lástima no hallar en la iglesia de San Roque un cuadro muy admirado de *Deschamps*, que representa á un joven enfermo que es conducido por sus padres á los pies de la Madona; este cuadro, que se trasladó desde la iglesia de San Estéban del Monte á la de San Roque, ha desaparecido.

El estilo de la iglesia de San Roque no es á propósito para cristales, y así son pocos los que se encuentran. En la capilla de la Comunión, detrás del altar de la Virgen, hay dos que proceden de la fábrica de Sevres, los cuales, como todos los que se fabrican allí, están hechos con gran delicadeza; representan á San Dionisio y á M. Affre, arzobispo de París.

IV

El coro de San Roque ha sido siempre considerado como el primero de Francia después del de Nuestra Señora de París. Todos los parisienses han podido asistir á esas saluciones y á esas misas solemnes ejecutadas por los primeros instrumentistas y cantadas por las mejores voces. Es verdad que, artistas como Alexis Dupont, Faure y otros, han podido dar sin duda ninguna un gran realce á los oficios de esta parroquia; pero sus nombres no añaden nada al valor propio y constante de este coro, tan admirablemente dirigido en todo tiempo.

Inaugurado en 1835 bajo la administración del abate Olivier y sucesivamente dirigido por Adolfo Meiné, Marzón y Vervoitte, hoy tiene por director á Mons. Barnault, tan hábil ejecutor como distinguido maestro. Gracias á él se pueden oír en S. Roque las mejores composiciones de los más grandes maestros desde Mozart, Haydn, Beethoven, hasta Niedermeyer, Gervae y Gounod, nuestros contemporáneos. Nadie puede mejor que el actual Párroco apreciar las hermosas tradiciones de sus antecesores, pues podría figurar entre los artistas de primer orden.

V

EL ABATE MILLAULT.

Digamos algunas palabras acerca del digno eclesiástico que tiene á su cargo la parroquia de San Roque.

En el primer piso de una antigua casa de la calle de San Roque se encuentra un salón de una admirable limpieza, que es su principal adorno. Algunas sillas y sillones colocados simétricamente á lo largo de las paredes, algunos tapices que hace ya algún tiempo perdieron el brillo de la juventud, algunos retratos antiguos y unos cuantos cuadros constituyen todos los adornos; pero enfrente de la chimenea se ve un piano, un armonium, y en la estación fría brilla una llama roja que convida á dormir dulcemente: todo da á entender que en ese salón reina la calma, la sencillez y la paz. En ciertos días de la semana y al medio día, á eso de las dos, gran número de personas de todas las clases sociales se reúnen y aguardan en silencio. La gran señora y el joven elegante se encuentran reunidos en un pobre asiento sin parecer sorprendidos, porque están persuadidos que es el sitio más á propósito para que la caridad cristiana brille en todo su esplendor. De vez en cuando la mampara se abre y aparece un eclesiástico que trae un visitante, cuya cara da señales de contento ó de esperanza. Después entra otro, y así, hasta una hora avanzada, se abre y se cierra la puerta para todo el que quiere entrar y salir. Este salón es el del presbítero de San Roque, del bueno, del excelente Mr. Millault.

En verdad que si hay un individuo en el clero de París que sea acreedor á la consideración y á las simpatías generales, es sin duda este que presentamos á nuestros lectores.

El Abate Millault nació en París destinado por la divina Providencia para un grande cargo y adornado de todas las cualidades que se necesitan para desempeñarle. Es uno de esos sacerdotes que hacen estimar la Religión porque la dejan ver muy amable. ¡Que Dios le conserve largo tiempo para su mayor gloria y bien de su patria!

LA BASÍLICA COMPOSTELANA

Y LAS PEREGRINACIONES Á SANTIAGO.

(Continuación.)

IV

ENTRETANTO la basílica del Apóstol, arruinada desde los cimientos por las hordas de Almanzor, íbase construyendo de nuevo más vasta y suntuosa, con el concurso de la cristiandad. Bien podían cantar los flamencos, y con ellos cuantos venían á Compostela:

A Santiago rinde
Todo el mundo parias.

Y efectivamente, al acercarse á la ciudad del Apóstol, cuantos venían á postrarse ante sus reliquias venerandas detenían los pasos en las canteras que daban materiales á la basílica, y tomando una piedra, colocábanla con sus propias manos en la fábrica del templo. De ningún otro edificio del mundo antiguo ni moderno puede decirse lo que de nuestra incomparable catedral, en la que, permitásenos decirlo con una especie de orgullo, trabajaron operarios procedentes de todos los pueblos de la tierra, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ricos y pobres, sabios é ignorantes, Pontífices y prelados, emperadores, reyes, magnates y vasallos, y que se terminó con las limosnas enviadas de los países más remotos, con cuyo objeto los Papas prodigaron todos los tesoros y gracias espirituales de que son dispensadores.

Puso la primera piedra, siendo rey de Castilla y de León Alfonso IV, D. Diego Paláez, Obispo de Iria Flavia, el día 11 de Junio de 1078, como se lee en una inscripción grabada en una de las jambas de la puerta contigua á la torre del reloj, en la fachada meridional ó de la Platería.



Sus primeros arquitectos fueron Bernardo, á quien Aimerico califica de maestro admirable, *mirabilis magister*, y Rotberto, á cuyas órdenes trabajaban con asiduidad é inteligencia unos 50 canteros. Estaban encargados de la suprema inspección y de pagar todos los gastos el vicario y canónigo Segredo y el abad D. Gundesindo. Suspendidas las obras, ó al menos continuadas con forzosa lentitud, á causa de la calamidad de los tiempos, recibieron gran impulso en el pontificado de D. Dalmacio, que por sus relevantes virtudes había salido de los claustros del monasterio de Cluny para ocupar la cátedra episcopal de Iria, trasladada á Compostela á instancia del mismo celoso prelado, y declarada exenta de la jurisdicción metropolitana por el Papa Urbano II (5 de Diciembre de 1095).

Pero á quien más debe nuestra incomparable basílica es al gran Gelmírez, cuya memoria irá asociada al nombre de Santiago mientras subsista la ciudad del Apóstol, que le mirará siempre como el más insigne de sus bienhechores, y el más espléndido é infatigable promovedor de su grandeza y de sus glorias.

Después del horroroso incendio que tantos estragos causó en la catedral y en el palacio contiguo (1117), prosiguió las obras con tal actividad, que á los cinco años de la terrible catástrofe (1122), según el cómputo de Aimerico, ponfise la última piedra al grandioso monumento; y la iglesia del Santo Apóstol con sus nueve torres; con sus magníficos sillares, que en dureza y brillo competían con el mármol; con la variedad de pinturas, que tenían convertido el interior del recinto sagrado en un cielo; con las tejas y el plomo, que al propio tiempo que la defendían de los temporales realzaban sus severas magnificencias, era uno de los templos más bellos y suntuosos de la cristiandad. Aun hoy, cuando á la vista de lo que queda, y hecha abstracción de las obras con que se le afeó en siglos posteriores, reconstruimos el maravilloso monumento de Gelmírez, y poseídos de una especie de arrobamiento contemplamos aquella galería incomparable, que trae á la memoria el *gineceo* de Santa Sofía; aquellos arcos gallardísimos; aquella cruz latina de su planta, que quizá no tiene par en ningún otro templo del mundo; aquellos centenares de columnas que tanta ligereza comunican á la solidísima fábrica; aquellas elegantes ventanas y magníficos rosetones, por cuyos históricos y pintados vidrios penetraban los rayos del sol descompuestos en los colores del iris que bañaban de torrentes de luz las majestuosas naves, y daban animación y vida á las imágenes de los altares, á las pinturas de sus bóvedas y muros y á las hojas, flores y mil caprichosas y fantásticas figuras de sus simbólicos capiteles; aquel *Pórtico de la Gloria*, en fin, cuya inspiración envidiarían al maestro Mateo los Ghiberti y Miguel Ángel, ¿no repetimos en lo íntimo de nuestra alma, y con todo el entusiasmo que inspiran las maravillas del arte más sublime, *verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo?*

Cuando Gelmírez bajó al sepulcro, la basílica compostelana era uno de los monumentos más grandiosos del orbe católico; y con razón el insigne Prelado podía exclamar algunos años antes (1129) hablando con el Cabildo compostelano acerca de las obras del claustro y oficinas que pensaba hacer, y en efecto hizo: «Nuestra Iglesia, hermanos míos, por la gracia de Dios y por los méritos de nuestro Patrono el muy bienaventurado Apóstol Santiago, no por los nuestros, goza de máximo y celebrísimo nombre, y aquende y allende los puertos es reputada riquísima y nobilísima.» Sin embargo, no quedó del todo concluida en su pontificado, y todavía á mediados del siglo XII continuaban los trabajos, según el testimonio de Aimerico Picaud, por quien sabemos que de las obras descritas en el código que depositó en el altar del Apóstol, unas estaban enteramente acabadas, en otras se trabajaba aún.

En la segunda mitad de la propia centuria, durante los pontificados de D. Pedro Gudesteiz y don Pedro Suárez Deza, y reinando en León D. Fernando II, el maestro Mateo construyó en la parte occidental la capilla subterránea, vulgarmente denominada *Catedral vieja* (1168-1175), y sobre la misma y descansando en sus robustos pilares, el *Pórtico de la Gloria* (1175-1188), que es, en expresión de uno de los críticos más competentes de nuestros días, *una de las mayores glorias del arte cristiano*. Todavía continuaron las obras; y en los primeros años del siglo XIII (23 de Abril de 1211) era consagrada la basílica por el Arzobispo D. Pedro Muñoz, sucesor de D. Pedro Suárez de Deza.

Penetrábase entonces en el templo por siete grandes puertas, que se abrían, y siguen abiertas, en las tres fachadas del Norte, del Sur y del Mediodía, y por otras siete mas pequeñas, de las cuales sólo se conserva la denominada *Puerta Santa*. Aun se dis-

tinguen los batientes de dos de ellas, debajo de las ventanas que dan frente á los arcos de la nave central, contiguos al altar de Nuestra Señora de la Soledad, en el trascoro, y los de otra que se abría algunos pasos al Norte de la actual puerta de la Quintana. De las tres restantes, dos correspondían á la entrada de la capilla del Espíritu Santo, que hacía juego con la anterior, y á la de Nuestra Señora la Blanca, que formaba simetría con la Puerta Santa. La última ocupaba probablemente el lugar de la que da paso al claustro.

No debemos pasar adelante sin encarecer el riquísimo simbolismo que el artista supo imprimir en aquella obra sorprendente de inspiración cristiana. En la hermosa cruz que su planta forma, contemplan los fieles y adoran, apenas entran en el sagrado recinto, la enseña bendita de nuestra redención, con la circunstancia, no peculiar, sin embargo, á este templo, de que el eje se inclina un poco hacia el Norte para expresar aquel momento sublime en que el Salvador, inclinada la cabeza, entregó su espíritu; en los tres grandes pórticos y en la prodigiosa variedad de altos y bajos relieves que adornaban sus tímpanos y columnas marmóreas, y figuraban, según el testimonio de Aimerico, la creación del mundo y del hombre, los de la fachada septentrional; hechos de la Pasión de Cristo, los de la meridional, y la Transfiguración, los de la occidental, quiso expresarse, y se expresó en efecto, el misterio augusto de la Trinidad beatísima en el Padre que nos crió, en el Hijo que nos redimió, en el Espíritu Santo que nos santificó, y manifestó en la cima del Tabor la infusión de la plenitud de sus dones en la sacratísima humanidad de Jesús; en las siete pequeñas puertas, en fin, los Sacramentos de la Iglesia, que son los conductos por los cuales recibimos la gracia.

No se crea que con la consagración de la catedral se puso la clave á las obras que hacía 136 años venían ejecutándose en el monumento insigne, en el cual bien puede decirse que desde entonces cada siglo dejó impreso su sello especial. El XIII, el XIV, el XV y el XVI nos legaron en la cúpula, en las capillas, en la sacristía y el claustro, muestras gallardas de estilo ojival, desde el severo y desnudo del primer periodo, hasta el exuberante y recargado del florido, y modelos lindísimos del plateresco y greco-romano en puertas, retablos y sepulcros, y en las grecas, ventanas y arcos del claustro mismo, testimonio elocuente de la munificentísima generosidad del gran Fonseca, digno sucesor de Gelmírez, émulo de sus glorias, y uno de los más espléndidos bienhechores de Santiago, su pueblo natal; el XVII ejerció sus estragos, escondiendo entre pesadísimos muros las delicadas columnas del ábside, erigiendo aquel enorme baldaquino que abrumba con su carga á los ocho angelotes que le sostienen, rodeando el presbiterio de doradas columnas salomónicas con las indispensables hojas de parra, sarmientos y racimos, y estropeando el resto de la obra de Gelmírez con otros torpísimos engendros de los admiradores de Churriguera; el XVIII nos arrebató la magnífica fachada del Norte, que describe Aimerico, reemplazándola con otra trazada por don Ventura Rodríguez, la cual, aunque no carece de hermosura y severidad, está muy lejos de expresar la idea cristiana que simbolizaba aquella; finalmente, en nuestro siglo, hoy mismo, el dignísimo Prelado que ocupa la sede compostelana, Emmo. señor Cardenal D. Miguel Payá y Rico, y el Excmo. Cabildo Catedral están llevando á cabo obras de restauración que devolverán al monumento gran parte de la magnificencia y primor de que le habían privado los siglos precedentes.

(Se concluirá.)

J. FERNÁNDEZ SANCHEZ. F. FREIRE BARREIRO.

LA PRENSA DISCRETA



ENTRE los diferentes medios que la incredulidad de estos tiempos emplea para hacer constante guerra á la verdad, es desgraciadamente la prensa uno de los más preferentes, sin duda por la multiplicidad de formas que pueden utilizarse al efecto.

En dos grupos principalmente pueden reunirse los periódicos encargados de tan funesto cometido: unos abierta y francamente hostiles á la Religión; otros adversarios embozados, á veces más peligrosos y casi tan repugnantes cual los otros. Queremos creer también que, en alguno que otro caso, la costumbre sustituye á la mala fe; de todas maneras el mal es constante.

Del primer grupo no hay que hablar por dos ra-

zones: ni el decoro lo permite, ni las gentes algún tanto pudorosas le conocen apenas; si alguna vez cae en manos un tanto honestas, la misma fuerza de la gravedad moral, por atenuada que ésta se halle, tiende á que se hunda en el fondo. De tal prensa, entre personas honradas, tales como los habituales lectores de nuestra estimable Revista, sólo puede decirse lo que decía al Dante de determinados condenados á su poeta conductor: *Non ragionar di lor...*

Pero no sucede así en cuanto al segundo grupo se refiere. Una parte de esa prensa, que algunos suelen llamar *discreta*, suele ofrecer el veneno en dosis más diluída y tenue, de manera que con más facilidad se perciban sus efectos; y unas veces la sátira más ó menos fina, pero, como tal, agradable, y otras el sofisma, más ó menos paliado, sirven de medios conductores para la propagación del mal.

Hace días, por ejemplo, que, á propósito de la horrible calamidad que aflige á la invicta Zaragoza, dedicaba un diario muy leído un artículo de fondo á ensalzar el heroísmo y la abnegación de aquellos desgraciados habitantes. «Esta es la ocasión — decía poco más ó menos — de admirar su denuedo y é intrepidez. Más que contra el enemigo, que después de todo es hermano, se manifiesta la grandeza de los pueblos haciendo frente á sus desgracias propias y ejercitando la caridad y el valor en aliarse mutuamente. Zaragoza responderá á su nombre y á su fama.» Anhelosos de saber qué hacían los actuales zaragozanos, que los levantaba á más altura que á los héroes de su independencia, recorrimos á toda prisa el telegrama objeto de tanto encomio, y leímos que — entre muchos actos verdaderamente nobles, como no podían menos de ser, ejecutados por los hijos de aquella raza — aludía, como á uno de los más sublimes, á que los teatros y los paseos estaban concurridísimos y las gentes entregadas al esparcimiento y solaz como en los días de más grande bienandanza. Es decir, que, para el cronista del heroísmo aragonés, asistir á un pobre colérico en su lecho de muerte, socorrer á un apesadado, prohiar un huérfano desvalido... es digno de igual elogio y demuestra tanta serenidad de ánimo y tan varonil esfuerzo como acudir al teatro á presenciar un *cancán* ó como acudir al paseo á galantear jóvenes casquivanas ó á perseguir modistas á la salida del taller, cuando la ira de Dios está llamando á juicio, por centenares, á los habitantes de un pueblo. Siguiendo por tan lógico camino, resulta, como ineludible consecuencia, que los *distinguidos jóvenes* que se han reunido en el Retiro para *desafiar al cólera* comiendo pimientos y tomates y bebiendo horchata y ron, merecen una estatua que perpetúe su gloria como la del ilustre Palafox, ó un título que enriquezca sus blasones como el del héroe de Bailén.

*Otro ejemplo de discreción periodística.

Hace pocos días que hemos presenciado en Madrid una tempestad, más horrorosa en duración, cuando no en intensidad, que todas las conocidas por la generación presente. Parece que si en algún momento hubieran de justificar la fe divina los desgraciados escépticos, sería aquel en el que estalla una tormenta, que es, sin duda, la manifestación de la naturaleza más incompatible con toda profesión de ateísmo; ese instante en que las fuerzas físicas se subyugan al fluido eléctrico, el más misterioso de los agentes naturales, y que parece entonces reinar el solo con altisonante imperio llevando uncidos á su carroza triunfal la luz, el calor, el viento, los sonidos y los gases, el fuego, el mar y la tierra, para convertirse en heraldo de la grandeza de Dios y del poder de su diestra. Ese instante en que los fulgores del cielo obligan á levantar hacia él los ojos porque parece que van á descubrir entonces, al través del anguloso rasgón de nubes que ocultan la gloria divina, los arcanos de la eternidad que deja entrever un más allá en la inmensidad del espacio.

Pues bien, un escritor de ingenio y de donaire, y del que hemos tenido el consuelo de oír que no es enteramente extraño á creencias religiosas, tiene el mal gusto de elegir el momento solemne de la tempestad para convertirle, con notoria inoportunidad, en ocasión de burlesco chiste diciendo frases de tan notorio mal gusto y tan chabacano estilo como esta: «Para muchas personas de bien, el Señor tiene los manojos de rayos en la mano y los suelta adonde dieren...» y más adelante...: «como si los rayos hubieran de taladrarle los calcetines,» etc. Esto, después de burlarse de los que piden la protección de Santa Bárbara, á propósito de censurar una oración popular de forma más ó menos literaria, como si para *invocar á Dios y pedirle mercedes* fuera requisito previo haber estudiado retórica; y después también de ridiculizar á los que encienden una luz, como señal de su fe, mientras tanto que Dios, *jugando con el orbe de la tierra*, como nos dice el Espíritu Santo y enviando rayos, téngalos ó no en su mano,

donde mejor le place, á veces contra todas las previsiones humanas, recuerda al hombre que ni sus *calzetines* ni su corazón están fuera del alcance de la Omnipotencia divina.

Así se explica que hasta los mismos gentiles considerasen el rayo como atributo del primero de sus dioses, y que el mismo Horacio, más tolerante que el literato moderno, aluda en su *Arte poética* á la santificación del lugar herido por el fuego del cielo y señalado con una piedra que recordaba el sacrificio ofrecido.

Pues vaya un tercer ejemplo, más que en discordia, en armonía con los dos recién citados.

El día de Santiago Apóstol, Patrón de España, y cuya solemnidad se ha conmemorado este año con dos acontecimientos importantes, la invención de la autenticidad de sus reliquias y la erección de la sede episcopal de Madrid, pero que por ser religiosos han pasado inadvertidos con altísimo desdén por la prensa consagrada á los adelantos materiales, otro periódico *discreto*, que no hay para qué citar, tuvo á bien poner en caricatura al Santo Apóstol, y tomar en burla y chacota su protección á nuestros ejércitos y su amparo en nuestras luchas para combatir al agareno é implantar la civilización cristiana en nuestra patria que tan potente y gloriosa se mostró — ahí está el testimonio de la historia — mientras se mantuvo en la fe cristiana, y que tan humillada y abatida está hoy que, por desgracia, la ha perdido.

De estos hechos, que entre mil pueden citarse todos los días y á todas horas, se deduce que, mientras tanto que la prensa impía tiende á destruir la fe y á combatir bruscamente la Religión entre el populacho ignorante ó entre la juventud corrompida, la *prensa discreta* se encarga de ir socavando el edificio entre las personas cultas, es decir, que de uno y otro lado amenaza el vendaval; y quizás *nuestra superstición* se justifique hasta el punto de suceder que, de la fastuosa vestimenta con que se cubre nuestra pomposa ilustración, no queden ni siquiera los *calzetines* de vestigio.

MARIANO BARSÍ CONTARDI.

EL CURA DE LA ALDEA DE SAN PEDRO

(Traducción libre del inglés.)

Una buena acción nunca queda sin recompensa.

Una hermosa tarde del año de 1815, el anciano cura de San Pedro, pequeña aldea próxima á Sevilla, bastante cansado regresaba á su modesta habitación, donde le esperaba la buena Margarita, antigua criada desde el tiempo de sus padres, á quien estaban encargados todos los quehaceres de la casa.

Ésta acababa en aquel momento de preparar la cena, la cual se componía de los restos sobrantes

de la comida, pero guisados y aderezados con tal delicadeza, que la olla despedía un olorillo tan apetitoso, que el anciano sacerdote al acercarse le dijo:

— Perfectamente, Margarita; se halla preparada la cena cual corresponde á tu habilidad como cocinera...

Y dirigiéndose hacia la puerta exclamó:

— Amigo, debe usted dar gracias á Dios por encontrar tan buena comida en casa de su pobre y humilde huésped.

Al oír la palabra *huésped*, volvió la vista Margarita, y observó que un forastero acompañaba al señor cura. El semblante de la pobre mujer se trocó súbitamente, dibujándose en sus mejillas la sorpresa junta con el disgusto, y éste se reflejaba en las miradas que dirigía al desconocido, condenando al mismo tiempo con ellas al digno y anciano sacerdote por haber traído un huésped á su casa. El bondadoso anciano, tímido cual un niño, y con voz entrecortada le dijo:

— Vamos, mujer, no apurarse; fuera todo disgus-

to, porque adonde comen dos, comen tres; y ciertamente que usted no habría dejado morir de hambre á este pobre, que hace dos días no ha probado bocado.

— ¡Virgen Santa! — exclamó Margarita; — si ese hombre tiene todas las trazas de un bandido; — y abandonó la habitación.

Mientras pasaba todo esto, el huésped permanecía inmóvil junto á la puerta observando la conducta de Margarita... Era hombre de alta estatura, andrajosamente vestido, cubierto de lodo, armado de un fuerte trabuco, y de mirada sobremediana irascible; todo esto formaba un conjunto capaz de infundir sospechas.

— ¿En qué quedamos? ¿debo marcharme? — dijo él con altanería.

— De ningún modo, — contestó el bondadoso presbítero. — A quien yo doy albergue en mi casa nadie tiene derecho para echarlo fuera de ella. Vamos, amigo, puede usted dejar su arma, y empecemos nuestra cena bendiciendo antes á Dios, que con tanto amor nos alimenta.

— ¿Dejar mi arma? — No es posible — replicó el convidado. — ¿No ve usted que es mi mejor amigo? Porque, aunque veo y conozco la bondad de su corazón en admitirme en su casa, en ofrecerme con amor estos manjares; pero... en torno suyo... en su misma casa hay personas... que veo se asustan de mis armas, y yo me horrorizo de su lengua... Pero no miremos la poca caridad: comamos y brindemos por su bondadoso corazón.

El sacerdote, que tenía muy buen apetito, se asombraba de la voracidad del forastero, quien con ansia tomaba, no sólo la mayor parte de la comida, si que también cuanto pan encontraba á mano.

Durante la comida miraba inquieto á todas partes, sobresaltándole cualquier ruido. El movimiento suave de la puerta, impulsada por el aire, le estremecía desde los pies á la cabeza, y levantándose de su asiento preparaba su trabuco. Convencido

de que no existía peligro alguno, continuaba su comida. Concluida esta, dijo:

— Ahora, buen sacerdote, tenéis que concluir vuestra obra. Mirad: tengo herido este muslo, y en ocho días apenas pude curarme. Dadme unos trapos viejos, y vendada que sea mi pierna, abandonaré vuestra compañía.

— ¡Dejarme! ¿por qué tan pronto...? — respondió el cura, á quien, no obstante el mal aspecto de su huésped, le hacían cierta gracia la agudeza de sus dichos y la franqueza de su carácter. — Algo entiendo de cirugía — prosiguió, — y por consiguiente no permitiré que el barbero de este pueblo, algo inexperto en esta materia, cure sus llagas y sus heridas. Veréis cuán bien salgo con mi empresa.

Dicho esto, sacó de su cómoda un estuche que contenía todo lo necesario en estos casos, y se preparó para tan delicada cura.

La herida del forastero era muy profunda; tenía el muslo atravesado de una bala, y sólo la necesidad podría haberle dado fuerzas para hacer sus penosas jornadas.



ARTE CRISTIANO. — LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.

Cuadro del Tiziano.



IGLESIA DE SAN ROQUE EN PARÍS.

— No estáis en estado de poder continuar hoy vuestro camino... — le dijo mientras le reconocía la herida con el tono de un cirujano consumado; — es preciso quietud, y por lo menos que descanséis hasta mañana; con la tranquilidad de la noche cederá la inflamación y recuperará un tanto las fuerzas...

— Es de absoluta necesidad que me marche esta misma noche — le interrumpió el herido dando un suspiro... — Personas hay que me esperan con impaciencia; y también hay otras — añadió con feroz sonrisa — que me persiguen para perderme.

¿Ha acabado usted ya la cura...? Ahora me siento más aliviado, y tan ágil como si no estuviese herido. Acepte usted, pues, esta moneda de oro en recompensa de sus favores y sus buenos servicios, y adiós...

El buen sacerdote rechazó con dignidad la moneda diciéndole:

— No me dedico á recoger huéspedes por el dinero, ni vendo por intereses materiales mis favores. De Dios sólo espero la recompensa.

— Como usted quiera — repuso entonces. — Perdonadme si acaso os he ofendido. Con Dios.

— Y tomando un pan grande que por orden de su amo le entregaba Margarita, si bien siempre con su mal humor, desapareció su alta figura entre los árboles que rodeaban la casa ó pequeña choza del pobre cura.

Una hora después de su marcha, se sintió el ruido de un arma de fuego, y entró el forastero ensangrentado, brotándole la sangre de una profunda herida en el pecho, y casi desfallecido, dijo dirigiéndose al sacerdote:

— Allí, entre las malezas del río, y en una oscura cueva, están mis hijos...

No bien había pronunciado estas palabras cuando penetraron en la casa varios soldados armados, que, apoderándose del herido, le maniatan prontamente, y cuando lo tienen bien sujeto no permiten que el cura cure las heridas. Inútiles fueron sus súplicas; inútiles sus ruegos; inútil el que les manifestara cuán grande era el peligro á que le exponían si le llevaban en aquel estado; los inflexibles soldados subieron al prisionero á un carro diciendo:

— Camina; tanto te importa morir de tus heridas como en la horca, pues la tienes segura. Pues qué,

señor cura, ¿no sabe usted que este hombre es el tristemente famoso *José el bandido*?

José, con un movimiento de cabeza casi imperceptible, parecía querer demostrar al caritativo cura su agradecimiento; y pidiéndole un vaso de agua, al acercárselo á los labios le repitió con trémula voz:

— ¡Mis hijos! ¿me entiende usted, bondadoso padre? ¡Mis pobres hijos...!

Tan pronto como marcharon, el anciano, llevado de su corazón, y no obstante las reflexiones de Margarita, que le presentaba los peligros á que se exponía si intentaba salir de noche, dirigióse hacia el bosque en busca de la cueva indicada por José. Al penetrar en ella ¡triste escena! encontró el cadáver de una mujer muerta por un balazo; tenía un niño pequeño entre sus brazos, mientras que otro de unos cuatro años la llamaba con cariño, creyéndola dormida.

¡Qué sorpresa la de Margarita al ver entrar á su amo con los dos tiernos niños!

— ¡Cielo santo! — exclamó. — Pero... señor, ¿qué piensa? ¿No bien tenemos lo necesario para la vida, y trae dos niños para mantenerlos? ¿Por ven-

tura quiere que yo vaya mendigando de puerta en puerta el alimento para usted y para ellos...? Y sobre todo, ¿qué tenemos que ver con esas criaturas? Sin duda serán hijos de algún bandido ó de alguna gitana vagamunda. Casi creería que no están cristianizados.

En este momento, el niño pequeño empezó á llorar, y entonces prosiguió:

— Pero, Dios mío, ¿qué voy á hacer con esta criatura recién nacida? ¿Dónde están los medios para sostener una nodriza? Será preciso criarla con leche... ¡Qué malas noches nos esperan, señor! Ciertamente que desde hoy adiós paz, por las noches; adiós, sueño tranquilo...

Después, más en calma, exclamó:

— ¡Pobre angelito! debe tener pocos días de nacido; afortunadamente hay un poco de leche en casa; voy á calentar una taza para dársela; — y cogiendo al niño en sus brazos, lo besa, lo envuelve en unos pobres pañales, le alimenta y reclina en su pobre lecho. Margarita era dura, pero no se olvidó que era mujer española, y por consiguiente cristiana. Después da de cenar al segundo, y le arregla en seguida una cama con las mantas de su amo. Le refiere éste entonces lo sucedido, y el modo de que se valió la Providencia para que esos pobres huérfanos quedaran á su cuidado.

— Todo eso está muy bueno; — responde Margarita; — pero, ¿y los medios de subsistencia?

— Escucha — le dice; — y cuando había fijado su atención, le lee esta sentencia del Evangelio:

« Todo el que diere á beber á uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fría tan sólo en nombre del discípulo, en verdad os digo que no perderá su galardón. »

— Pues entonces *amén*, — replicó Margarita.

Al día siguiente se daba sepultura al cadáver de la infeliz y desgraciada madre con las ceremonias y preces de la Iglesia católica.

Habían pasado doce años... El cura de San Pedro tenía ya cumplidos setenta y cuatro años, y acostumbraba tomar el sol á la puerta de su casa. Al lado del anciano se encontraba un niño como de once á doce años leyendo con voz clara en el breviario del anciano sacerdote, sin que esto le impidiese el dirigir sus envidiosas miradas de cuando en cuando á un joven de dieciséis años, alto, robusto y bien formado, que hallábase trabajando en un pequeño jardín de la misma casa. Margarita, ya ciega en este tiempo, habíase sentado junto á ellos escuchando atentamente la lectura.

De pronto siéntese un carruaje, y el pequeño exclama alborozado:

— ¡Oh qué coche tan hermoso! ¡Qué bonito!

Y en efecto, un magnífico carruaje que venía por la carretera de Sevilla se pára delante de la casa. Un elegante lacayo, ricamente vestido, se acercó al sacerdote y le pidió un vaso de agua para su señor.

— Carlos — dice éste, — ve á buscar un vaso de agua para ese caballero, y llévale también un poco de vino, por si quisiere tomarlo; ve y date prisa.

El caballero bajó del carruaje; era un hombre como de cincuenta años.

— ¿Estos son sobrinos de usted? — preguntó al anciano.

— Son más que sobrinos; — contestó — pues son mis hijos adoptivos.

— ¿Cómo es eso? — replicó el forastero.

— Al punto satisfaré su curiosidad, — dijo el sacerdote, — y mucho más al conocer en usted cualidades propias de una persona verdaderamente cristiana, á quien al mismo tiempo pediré un saludable consejo. No tengo conocimiento del mundo; no puedo, por consiguiente, saber qué partido tomar para sacar adelante á estos desgraciados jóvenes.

Cuéntale en seguida con sencillez la historia de aquellos huérfanos, y pídele su opinión sobre lo que convenía hacer para su porvenir.

— Que sigan la noble carrera de las armas — dijo al momento, — y señádeles una pensión de 5.000 ducados para que puedan atender con decoro á sus gastos y necesidades.

— Señor, — contestó el cura, — yo he pedido á usted un consejo, y en lugar de dármele se está burlando de mí.

El forastero, impávido, continuaba:

— Esa iglesia de San Pedro está muy vieja; es preciso edificar otra, y á su lado una buena casa para el párroco. Aquí traigo ya trazado el plano, y de-séarfa me prestase su atención.

Diciendo esto, sacó un rollo de papel del bolsillo, y se lo enseñó, preguntándole:

— ¿Merece la aprobación de usted?

El pobre cura, atónito, no sabía qué pensar. Al cabo exclamó:

— ¡Qué vagos recuerdos cruzan mi mente...! ¡Esas facciones...! ¡esa voz...! no me son desconocidas.

— Estas facciones y esta voz os dan á conocer y os dicen que yo soy D. José de la Ribera, el mismo á quien hace doce años le llamaban *José el bandido*.

Ahora le contaré mi historia; pero primero deseo estrechar á mis hijos contra mi corazón.

Los niños, al oír esto, se arrojaron llorando de gozo en los brazos de su padre; y éste, mezclando sus lágrimas con las suyas, prorrumpió en exclamaciones de alegría y pena á la vez, permaneciendo largo rato abrazado con ellos.

Después, tendiéndola mano al respetable anciano, le dijo:

— ¿Cómo podré manifestarle mi agradecimiento por tanto como le debo? Usted me albergó en su casa cuando yo era un miserable; usted amparó á mis pobres hijos, y ha sido un padre bondadoso con ellos; por lo que le debo cuanto más amo en el mundo. ¿Cómo, cómo podré corresponder á tantos beneficios?

Pero ante todo voy á hacerle (según le he ofrecido) la narración de mi vida.

Nací en Extremadura; mi padre, militar de profesión, pereció en la guerra de la Independencia. Poco después perdí á mi madre. ¡Nunca he podido olvidar el recuerdo de aquel triste día!

— Hijo mío (me dijo ya moribunda), te vas á quedar solo en el mundo. ¡Pobre huérfano desamparado...! Mas no olvides jamás el último consejo de tu madre: *Que no dejes día alguno sin invocar á la Madre de Dios; ella velará por ti, y será tu madre también si tú se lo suplicas de corazón.*

Nunca olvidé su encargo; ¡pero la verdad es que el Ave María pronunciada por mis labios no salía del corazón!

Muerta ya mi madre, hice conocimiento con un joven mayor que yo, el cual pertenecía á una cuadrilla de titiriteros; éste me presentó al empresario, que me admitió para enseñarme su profesión. Allí me trataban muy mal; me daban muchos palos y poco pan.

No pude resistir mucho tiempo semejante vida, por lo que me asocié á diez ó doce montañeses que me engañaron y alucinaron diciéndome que ellos vivían independientes y alegres, cazando, pescando y vagando de pueblo en pueblo, adonde encontraban amigos complacientes, con los que lo pasaban muy bien. Pero ¡ay de mí! no eran lo que decían. Otra clase de pesca y caza era la suya. Vagaban, sí, por los montes y caminos, porque eran unos bandidos. Vivían del robo y del pillaje. Al principio quise huir; pero el temor de que me quitasen la vida (como me juraron lo harían si me separaba de ellos) me tenía acobardado. Así se fué pasando el tiempo, y me fuí acostumbrando á este género de vida, llegando á ser tan perverso como el peor de ellos. Una noche, huyendo de un pueblo, nos persiguieron largo rato, por lo que tuvimos que diseminarnos; pero fué muerto el capitán en la refriega, y al volvernos á reunir me eligieron su jefe.

Al poco tiempo de esto, la Divina Providencia hizo encontrarse á usted, padre mío.

El día que los soldados me prendieron, como usted recordará, fuí conducido á la cárcel; en seguida me condenaron á muerte, y esperaba la hora de ser conducido al patíbulo. Pero la revolución, que rugía sordamente en aquella época, estalló el mismo día en que debía de ser ejecutado, y ella abrió las puertas de la cárcel. Libre ya, mi único pensamiento y deseo fué huir de mi país temiendo volver á caer en manos de la justicia.

Me dirigí al muelle, y con el poco dinero que me quedaba pude conseguir me diesen pasaje sobre cubierta en un buque próximo á salir para el Canadá.

Al desembarcar allí, en un país desconocido, sin encontrar una mano amiga que estrechase la mía, sólo me acompañaba el recuerdo de mis pobres hijos y la memoria horrible de mi pasada vida, que se presentaba á mi imaginación cual fantasma amenazador... *Empezaba á sentir remordimientos*. Mi conciencia era un caos, reinando la más negra oscuridad en mi inteligencia, y la desesperación se apoderaba de mi alma.

Era ya la caída de la tarde; por casualidad acerté á pasar por delante de una iglesia, y maquinalmente entré en ella. Allí, en el altar, estaba la imagen de la Santísima Virgen, madre de los Desamparados. Un rayo de luz desprendido de la lámpara del Santuario se reflejaba en el hermoso rostro de la venerada imagen; parecía que sus ojos se dirigían hacia mí llenos de dulzura; y sin saber cómo, una fuerza irresistible me impulsó á arrojarme á sus plantas. Así lo hice, y un torrente de lágrimas brotaron de mis ojos. (Eran las primeras derramadas desde que perdí á mi buena madre.)

— Entre sollozos y gemidos exclamé:

— ¡Santísima Madre de los Desamparados! ¡Tened compasión de este miserable pecador! ¡Rogad por mí; rogad por mis inocentes hijos!

Continué postrado de este modo largo rato, hasta que sentí que alguno se acercaba á mí. Era un respetable sacerdote que me había estado contemplando, y lleno de caridad me dirigió estas palabras:

— Hijo mío, ¿cuál es la pena tan terrible que destroza su corazón? Usted debe ser muy desgraciado.

— Sí, padre mío — contesté. Y tomándome de la mano me levantó del suelo, y prosiguió:

— Venga usted conmigo, y descansará en mi pobre celda.

Sus palabras de consuelo y de unción evangélica fueron un bálsamo para mi pobre alma; le abrí mi corazón; y haciendo una confesión de toda mi mala vida, recibí la absolución de mis pasados extravíos.

No contento con esto, el bondadoso Padre me recomendó á un rico hacendado de aquella población; este señor era ya anciano y sin familia, por lo que necesitaba de una persona que le cuidase y acompañase. Me tomó tal afecto y tenía tanta confianza en mí, que hasta me dejaba la dirección de sus negocios. Algunos años después perdí á mi querido bienhechor, el cual me dejó heredero de su inmensa fortuna.

No habiendo tenido contestación á ninguna de mis cartas, traté en seguida de realizar mis asuntos, y regresar á mi patria para buscar á mis hijos, puesto que sabía por los periódicos había sido indultado en consideración á servicios extraordinarios hechos á favor de mi país durante mi expatriación voluntaria; y aquí me tiene usted, padre mío, deseando manifestarle mi inmenso agradecimiento y ofreciendo á su disposición cuanto necesario fuera para poner por obra el plano que le he enseñado de la iglesia, de su casa y de cuanto usted desee.

Entonces el buen cura, dirigiéndose á Margarita, le repitió las palabras sagradas leídas en otra ocasión al principio de esta historia:

« Todo el que diere á beber á uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fría, tan sólo en nombre del discípulo, en verdad os digo que no perderá su galardón. »

— *Amén* — respondió la pobre mujer llorando de alegría por la buena fortuna que le había venido á su amo y á sus hijos adoptivos.

Al año siguiente estaban construídas la iglesia y la casa del párroco con un hermoso jardín.

La iglesia era un suntuoso templo, el que, bendecido con gran solemnidad, fué dedicado á Nuestra Señora la Santísima Madre de los Desamparados.

UN MANUSCRITO INÉDITO DEL P. RIBADENEIRA

VIDA

DE DOÑA ESTEFANÍA MANRIQUE DE CASTILLA, FUNDADORA DE LA CASA PROFESA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

CAPÍTULO XI

De las otras virtudes.



DES que diré de aquella afabilidad y llaneza y singular alegría y agrado con que trataba á toda suerte de gentes, y aunque ella no visitaba por ser tan amiga de su recogimiento, todas las señoras la visitaban á ella, y tenían por muy bien empleado el rato que la veían y hablaban? Qué de su verdad, que guardó con tanto extremo que se entiende que en su vida no dijo mentira advertidamente, ni sufría que otro la dijese? Qué de la templanza y modestia de sus palabras, y del recato con que hablaba de las vidas ajenas sin murmurar de nadie y atajando las murmuraciones de otros, y hallando razones para escuchar á las personas de quien se murmuraba? Y así las criadas de su casa, ni las otras señoras no se atrevían á murmurar delante de ella por el disgusto que sabían había de recibir. Qué de su mansedumbre, que era tanta que mucho sintió que sus criadas hubiesen hecho matar á un gato porque maullaba y la inquietaba y les avisó que por su causa no hiciesen mal á ningún animal, por vil y soez que fuese. Pues su humildad, y modestia en conocer su estado, y no hacerse maestrasino discípula de todas, ¿quién la podrá explicar? Preguntáronla una vez por qué no hablaba largo con las personas que trataban con ella, y les predicaba, pues fuera bien oída y hiciera gran fruto con su palabras y exhortaciones? Y ella respondió: Porque su oficio no era predicar, sino oír y obedecer á los predicadores. Mas si no predicaba con palabras, predicaba con las obras, y su ejemplo y virtudes eran más eficaces para convertir las almas que los sermones de muchos predicadores; porque como muy bien dijo Séneca: el camino de enseñar por pa-

labras es largo y el enseñar por ejemplo es breve y compendioso; y por esto decía otro filósofo: no me convencer las palabras que me dices, sino las obras que te veo hacer. Vióse ser verdad esto, porque de mas del gran recogimiento con que vivían sus criadas, y que parecía su casa más monasterio de religiosas que casa de Señora seglar, y muchas de sus criadas se hicieron monjas y ella las ayudó con su hacienda para que lo pudiesen ser, y otras se quedaron con ella para servirla, é imitarla por estimar más su compañía que los palacios de las Reinas, llegaron á muy alto grado de virtud; y fuera de su casa muchas doncellas por su fama y su ejemplo, dejaron las galas y los gustos y deleites del matrimonio, y consagraron su virginidad á Dios, procurando de guardarla perfectamente, ó entrando en religion, ó quedándose seglares en casa de sus padres. Y por ventura viendo Nuestro Señor el fruto, que había de hacer Doña Estefanía con su ejemplo, no quiso se encerrase en algun monasterio, donde pocas de él se podrían aprovechar, sino que estuviese como hacha encendida, donde muchas la vieses y quedasen alumbradas con su resplandor.

Y pues hablamos de la fuerza que tenía esta Señora para convertir con sus ejemplos las almas, y encenderlas con el amor de Dios y de la perfección, quiero referir aquí dos ejemplos para que esto mejor se entienda.

Tuvo una prima hermana llamada Doña Elvira Manrique, la cual siendo niña entró en San Clemente el Real de Toledo; y siendo ya de diez y seis años, inclinándose más al estado conyugal, que á ser monja, sus padres determinaron casarla con un caballero; y mientras que se concertaba aquel negocio salió del monasterio, y vino á estar en casa de Doña Isabel de Castilla, madre de Doña Estefanía, y á pocos días sin hablarla su prima palabra, quedó tan admirada de su virtud, honestidad, modestia, oración y penitencia que se trocó totalmente, y dejando el casamiento que trataba se volvió á su Monasterio de San Clemente, donde hizo su profesion con muy gran consuelo, y vivió muy religiosa y ejemplarmente; y hablaba muchas veces con gran gusto y agradecimiento de aquella tan señalada merced que Dios la había hecho por medio del ejemplo y oraciones de su prima, cuando estaba en su compañía.

Estaban en Toledo dos doncellas hermanas llamadas Doña Leonor Manrique y Doña Antonia Manrique, hijas de Doña Luisa Manrique y de Juan Gutierrez Tello, que fué muchos años Corregidor en la dicha Ciudad: murió la madre en Toledo, y después de su muerte llevó el padre á sus hijas á casa de Doña Isabel de Castilla que era su prima hermana. Doña Leonor era muy dada á atavíos, y galas, y trataba de casarse, y dentro de pocos meses sin hablarla Doña Estefanía, con solo su ejemplo se movió á seguirla, no solamente en guardar la pureza virginal, sino tambien en la oración y penitencia y mortificación, y así hizo voto de castidad perpetua, y mudó luego de hábito, y dió muy singular ejemplo y murió santamente; y Doña Estefanía la hizo enterrar en la Iglesia de la Casa profesa de la Compañía de Jesus honoríficamente, y después trasladar á la Capilla Mayor, donde se pensaba enterrar, y pasó los huesos de sus padres para mostrar el amor y deuda que con ella tenía.

Doña Ana Manrique, que era hermana menor aunque ya mujer no estaba aficionada á las cosas de este mundo, como Doña Leonor su hermana, y así no tuvo tanta dificultad en imitar los ejemplos de Doña Estefanía, los cuales le aprovecharon tanto, que dentro de poco tiempo se vió en ella un notable aumento de virtudes, y murió en su compañía con grande aprovechamiento de su alma y edificación de los demas.

(Se continuará)

AURORA

Á MI DISTINGUIDO AMIGO D. M. P. V.

V



ASARON dos días, y como yo tenía licencia para algunos más, permanecí en la posada del Ulló anotando los detalles del dramático accidente en vez de disfrutar de los gozes que me proporcionaban mis buenos amigos del puerto de mar donde caben todas las escuadras del mundo. Los pescadores volvieron con los cadáveres de Domingo y el hermanito de Aurora; en cuanto al del padre, nunca pudo saberse donde fué á parar. Aquellos se enterraron en el cementerio después de una misa que oímos

todos, misa impregnada de la grandeza que inspira el dolor.

La pobre Aurora permanecía aún en cama y entre todos consiguieron que se restableciese físicamente por medio de una medicina que ha obrado revoluciones prodigiosas en la naturaleza humana; las lágrimas y la oración. Abatida, muy abatida estaba la infeliz doncella, pero su llanto corría sin cesar, como elocuente dádiva del cielo. ¡Ay! Los que lloran consiguen ver al través de esas líquidas perlas que inundan sus mejillas, la luz diáfana y pura que resplandece entre nubes y que se llama esperanza. La felicidad de Aurora se había disipado al nacer entre las sombras de la tierra, pero la quedaba un más allá dulce eterno, infinito, un más allá de encantos indelebles é inalterable bonanza, un más allá que sólo ven los que dejan pedazos de su corazón entre las zarzas del camino. El buen cura les habló de las borrascas de la vida, más terribles aún que las borrascas del mar que sirvió de sepultura á seres tan queridos, porque en aquéllos se pierde la idea luminosa del bien y se marchitan las flores de los honrados pensamientos, quedando sólo un alma seca y podrida á la merced de las revueltas ondas. Mucho bien hicieron las sabias reflexiones del sacerdote en el ánimo de su afligido auditorio. Pasó el peligro grande que amenazó la vida de Aurora, mal que aunque cicatrizado duró siempre, y las cosas volvieron á su estado de antes y los pescadores volvieron á sus penosas faenas, y este fatal episodio que emponzoñó la existencia de dos familias pasó á ser un recuerdo de luto, que fueron debilitando los años como debilitan los más famosos hechos y las más insignes hazañas.

Un mes más tarde, doña Isabel vió á su hijo que se despedía de Aurora, diciéndole con triste acento:

— Si algún día necesita usted algo, le sobreviene una enfermedad ú otra desgracia por el estío, quisiera tener el consuelo de estar cerca de usted. Dígame usted que lo hará usted así, que tendrá usted lástima de quien sólo para usted vive, y me voy más resignado á pensar en usted en el fondo del retiro á que desde ahora me condeno.

— Hace usted muy mal — contestó Aurora, — es preciso hacer frente á las adversidades y desventuras empleando el tiempo no en ver correr las lágrimas que se desprenden de los ojos ni la sangre que brota del corazón, sino sus altas obras que han de agradar siempre á aquel que todo lo puede y á quien pedimos consuelo. ¡Cuántas personas morirán desesperadas si les hubiera pasado lo que á mí! ¡Cuántas no creerán en la enormidad de mi desdicha! Es que yo levanto mis ojos al cielo y en él le miro diciéndole todos los días cuando el sol se pone: esperanza, Domingo, yo ruego sin cesar á Dios que me lleve á tu lado porque ahí seremos felices en esa dulce patria de la paz y del amor. Ya ve usted, amigo mío, que no hay fuerza ni poder en el mundo capaz de desviarme de tan consoladores pensamientos.

— Sin faltar á ellos podía usted hacer feliz al que sólo vive y vivirá para usted.

— Nunca, y le ruego á usted que no vuelva á hablarme jamás de semejante asunto.

— Adiós, Aurora, el cielo le dé á usted fuerzas y valor.

— Así lo espero.

— Y me lo dé á mí también, que hartó lo necesito.

Y salió pálido como la muerte, con la cabeza caída sobre el pecho y llorando con la mayor amargura.

Doña Isabel le detuvo en la puerta de la casa diciéndole con seriedad y firmeza.

— Lo acabo de oír todo.

— ¡Ah! — exclamó con sorpresa el mancebo; — me ha oído usted!

— A una mujer que no sé cómo está viva, que ha sufrido tan horroroso golpe, no se la habla como tú la has hablado, ni se le dicen cosas que debías avergonzarte de haberlas dicho.

— ¡Madre mía, yo no la he faltado ni puedo faltarle en nada!

— Has faltado al sentimiento y á la dignidad.

— ¡Mi corazón...!

— Al corazón se le detiene y se le enfrena como á un caballo brioso.

— ¡La amo tanto, madre mía, la amo tanto!

— Pues ya puedes haberte convencido de que ese amor es inútil.

— ¡Se ha arraigado tanto en mí...!

— Es preciso arrojar fuera huésped tan importuno.

— ¿Cómo, madre mía?

— Ya buscaré yo el medio; cuento, Luis, con tu docilidad y con el cariño que dices que me tienes. — Ese nunca te faltará, por amargas que sean las vicisitudes de mi vida.

— Entonces el triunfo es nuestro.

— Dios lo quiera.

— Dios no puede hacerse sordo á los ruegos de

una madre. Vete y no vuelvas más por aquí. El día está hermoso, como disfrutando de la belleza del paseo; yo que tú me iría á pie tranquilamente hasta casa, adonde no tardaré en regresar. Luis, antes que todo es necesario que muestres que eres hombre, y tu corazón debe señalarse por el esfuerzo y la energía. Esa pobre niña te da lecciones elocuentes. Lo que ella ha sufrido aterra. Aprende, pues, de Aurora. Mira el cielo y fía en él, que sólo de allí descienden la fortaleza y la dulce paz que engrandecen el corazón, por más que los pies y la vestidura se hallen despedazados por los abrojos del camino.

— Madre mía, bendita seas, tus consuelos son la coraza que cubre mi corazón. Dios, la Virgen y tú, sois las tres flores siempre vivas, cuya pura fragancia me impulsa á amaros y á vivir para obedeceros.

Y Luis se arrojó en los brazos de su madre, que cubrió de besos su rostro con ese lenguaje mudo que simboliza el más sublime poema del más desinteresado y elocuente de los amores. Poco después se separaron y Luis tomó el camino real que conducía hasta Redondela. Yo había oído sin querer este diálogo, porque no me vieron y cerca de mí hablaron. Me encontraba á la derecha de la casa, sentado sobre un largo poyete de yeso y piedra, que cubría una hermosa enredadera adonde daba la ventana de la alcoba de Aurora. No bien sentí llegar á mi buena amiga, me levanté separándome de aquel sitio á alguna distancia, y volviendo á él despacio como quien se encuentra rendido de un largo paseo.

— ¡Hola! — exclamó doña Isabel; — sin duda ha disfrutado usted de la tarde.

— He visto todo esto, que es encantador.

— Vendrá usted cansado.

— Un poco.

— Entonces podremos los dos sentarnos aquí.

— ¡Qué duda cabe!

La tarde estaba hermosa y apacible. El sol caminaba hacia el ocaso en un cielo esplendente, donde no se veía la más ligera nube y era brillante el cuadro que nos presentaba la naturaleza. Las montañas que se descubrían á lo lejos, reflejaban en sus cúspides los últimos resplandores del astro del día, y las lanchas pescadoras daban ya la vuelta, pareciendo con sus blancas velas cisnes que paseaban por un lago límpido y sereno. La hora de la tarde, el silencio que por todas partes reinaba, la tristeza que había en nuestros corazones, el mar aquel, días atrás tan soberbio y ahora convertido en un diáfano cristal, tornaban en melancólicos y reflexivos los más dulces pensamientos. Doña Isabel fijó la vista con tristeza en aquel mar sosegado, y después de exhalar un suspiro exclamó:

— ¡Dios los haya recogido en su santa gloria!

— ¿Cómo no? — dijo una voz varonil y reposada á nuestro lado, — si Dios es la suma bondad y misericordia infinita?

Era la voz del anciano y bondadoso padre de Domingo. Nos levantamos, y abrazándole entre los dos, le íbamos á llevar por la playa arriba.

— No, no, — dijo él deteniéndose; — aquí cabe los tres; no tengo gana de andar, charlaremos un rato.

— ¡Pero aquí mismo, señor Juan! — repuso doña Isabel con pena.

— Aquí mismo, hija mía, — respondió el pescador sentándose y obligándonos á imitarle nosotros. ¿Qué más da este sitio que otro cualquiera? ¿O es que variando de lugar varía el sentimiento y varía el corazón? Hechos estamos á sufrir desde que hemos nacido, y más que nadie los que nos criamos arrullados por el bramido del mar y el estruendo de los huracanes. Mi padre tiene por tumba ese piélago inmenso. Todos los años sucumben sepultados en él algunos de mis pobres compañeros. Yo acaso no tarde mucho en seguir la misma suerte que mi triste amigo Anselmo, que mi desgraciado hijo y que tantos y tantos que vieron la luz al mismo tiempo que yo.

— No, — dijo doña Isabel — usted no tiene necesidad de morir como esos.

— ¿Que no tengo necesidad?

— Repito que no.

— ¿Por qué, mi querida señora?

— Porque desde hoy cuenta usted con una renta vitalicia de diez reales diarios.

— ¿Yo, doña Isabel...?

— Pero me ha de jurar no volver á embarcarse desde hoy.

— Soy un pobre anciano que apenas puede con los remos ni aún con la pesada carga de la vida. Tal vez si admito lo que usted me propone, sea para abreviarla más y conseguir el descanso eterno, porque estaré sin hacer nada mientras la lucha del mar distrae mis pensamientos.

— Y si yo pongo un hospitalito aquí para los naufragos con médicos y marineros y todo lo indispen-

sable y le señalo á usted una plaza en ese hospitalito, ¿se negaría usted á admitirla?

— ¡Ah! No, si en ella puedo ser útil á mis hermanos y compañeros, venga, la admito con el mayor placer y reconocimiento, rogando á Dios colme á usted de bendiciones, porque usted es la autora de tan humanitaria idea; de usted no pueden nacer sino cosas grandes y útiles para los pobres. Mi buen amigo Anselmo lo decía muchas veces; esa señora es un ángel transformado en mujer, que Dios ha enviado al mundo para consolar á los que sufren.

— Y el señor Anselmo, ¿no le dijo á usted nunca nada acerca del suceso que tuvo lugar aquí una noche, va á hacer dentro de dos meses diez años?

— Me acuerdo perfectamente.

— ¿Se acuerda usted?

— Ya lo creo. Desde aquella noche tenemos el gran gusto de tratarla y de participar de sus beneficios, y no tenía necesidad de decirme nada porque todo lo presenciábamos.

— Es muy cierto; pero no se reducía á eso mi pregunta.

— Vamos á ver.

— Usted sabe las investigaciones que sin cesar he hecho para descubrir al que me salvó la vida.

— Es verdad.

— Y usted mismo me dijo, como el venerable señor Anselmo, que no debía ser del Ulló, puesto que todos lo ignoraban.

El anciano pescador guardó silencio.

— Un hombre me trajo desmayada en sus brazos aquí, — continuó doña Isabel; — ¿quién era ese hombre?

— ¡Mi padre — respondió Aurora, que desde la puerta de su casa había estado oyendo nuestra conversación; — mi pobre padre, que era tan valiente como modesto!

— Gracias, Aurora, — repuso doña Isabel levantándose y dando un cariñoso beso á la doncella viuda, cuyos ojos enrojecidos por el llanto y su extrema palidez denotaban el insomnio y la amargura de sus sufrimientos; — gracias, no sabes el bien que me haces; porque la duda siempre ha sido uno de los peores tormentos de la vida.

— Si Aurora no hubiera llegado tan á tiempo — dijo el señor Juan — pensaba yo habérselo dicho, porque ha de saber usted que nosotros no buscamos recompensa por los favores ó beneficios que hacemos, y esa fué la causa de la reserva profunda que nos encomendó su salvador.

Doña Isabel, al oír esto cruzó sus manos y elevó su vista al cielo, que tan duro en apariencia se mostraba con aquellas familias de infelices pescadores.

— Y si usted no declara esos deseos de averiguar — dijo Aurora — lo que hace tanto tiempo ha pasado, nadie hubiera hecho caso de semejante incidente y nada por tanto hubiera usted sabido.

— Pero ahora sé que es á tu padre á quien nuevamente debo la vida.

— No.

— El que me sacó del mar.

— Sí.

— Entonces — dijo doña Isabel sonriendo con dulzura — me toca á mí declarar que fué tu padre quien me arrancó de los brazos de la muerte. Acabo de decir al señor Juan, mi querida Aurora, que cuente desde hoy con una renta vitalicia de diez reales diarios y tú con otros diez, pues no es justo que después de los contratiempos pasados, tú y este pobre anciano tengáis que seguir trabajando para ganar que comer. Ya pensaremos en el hospitalito, señor Juan, no se figure que yo me olvido de mis proyectos; y tú, Aurora, no llores que harlo has llorado. Sólo verte me daña, pobre niña; el golpe que sufriste te hubiera matado si no contaras con un corazón tan grande como hermoso, que se levantó al cielo donde está Domingo, diciendo sólo con el acento de resignada queja: Señor, Señor, hágase tu voluntad; pero ¿qué grave falta hemos cometido para que así nos trates y abandones?

— Y eso digo — repuso la abatida doncella — unas veces con amargura y otras con abrumador desmayo.

— No, hija mía, no — dijo el señor Juan levantándose azorado y extendiendo la mano sobre ella; — pidamos al cielo de rodillas perdón por esos momentos en que nuestra cabeza se pierde ante azares tan inesperados. Ahora se oye el toque de la campana que convida á la oración. ¿Quién sabe si debemos alegrarnos por los que han muerto dejando una tierra donde todo es mentira, donde por únicos huéspedes nos acosan sin descanso los peligros y los dolores? De rodillas, hijos míos, de rodillas, y pidamos á Dios, que sabe lo que se hace, por las almas de los muertos y por las que aquí quedan esperando que las llame.

En el suelo hincamos nuestras rodillas y con verdadera devoción oramos. El crepúsculo de la tarde,

que parecía imponer silencio á la misma naturaleza, interrumpido tan sólo por el choque apacible de las ondas contra la playa, algunas aves marinas que cruzaban con rapidez por el espacio en busca de sus nidos, la juguetona brisa, que columpiaba débilmente las copas de los árboles que en el camino se ostentaban, el rumor que producía la plegaria al salir de nuestros labios, los ahogados suspiros que brotaban como ecos de dolor del pecho de la infeliz Aurora, todo esto me ofrecía junto á los dulces y melancólicos sonidos de la campana que resonaban en el mar y se perdían á lo lejos, motivo poderoso para meditar seriamente sobre la pequeñez de nuestras grandezas, que se derrumban por el suelo como un castillo de naipes.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó Aurora mirando al cielo al través de su copioso llanto — ten piedad de esta pobre criatura, que sólo en ti confía y que se arrastra á tus pies pidiendo tu poderoso amparo.

V. A.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación)



HYRCIO, — dijo al cosaco, — sabes lo que te he recomendado. Somos muy pocos, y cuando llegues al ángulo del bosque se necesita toda tu prudencia y toda tu atención. Me respondes del prisionero, ¿es verdad?

Hycio hizo una señal afirmativa.

— Acuérdate que, sobre todo en ese momento, es menester que lo vigiles, porque los otros tres pelotones que yo había dejado allí se habrán alejado en varias direcciones, según mis órdenes.

Hycio inclinó la cabeza; el capitán se calló y lanzó su caballo á galope, dirigiéndolo hacia el bosque, que venía á cortar el camino á una media legua.

Los dos cosacos y el prisionero lo siguieron á alguna distancia: de pronto le oyeron una exclamación de sorpresa y de furor.

— ¿Qué significa eso, Pawlowicz? — exclamó el joven capitán. — ¿Por qué estáis con vuestros hombres en este ángulo del bosque, cuando os había mandado que vigilarais el camino de Nowawies, á una milla de aquí?

— Perdonadnos, mi capitán, — respondió el cabo llevando la mano á su shako. — Ibamos á marchar Gregoriew y yo, cada uno en la dirección que nos habíais indicado, cuando oímos dos ó tres tiros en el bosque. Entonces temimos que se preparase un ataque para arrebatarnos vuestro prisionero, y nos hemos quedado aquí por medida de precaución.

— Habéis dado una prueba de celo que no puedo recompensar de otro modo que arrestándoos por quince días, — replicó Ignatiew con cólera. — ¡Para nada tenéis que discutir mis proyectos y no sabíais si vuestra presencia me era absolutamente necesaria en el camino...! No repliquéis y seguidnos, ya que os ha parecido tan á propósito el no dejar nuestra compañía.

Después el capitán volvió el caballo y fué á unirse con la escolta del prisionero.

— Vamos, Hycio, — dijo; — ya estáis libre de toda vigilancia. Tenemos ahí bastantes camaradas y ya no tengo necesidad de ti para guardar á nuestro cautivo.

— Entretanto, voy á arreglar sus cuerdas, — murmuró el cosaco. Y pareciendo consolidar un nudo que se había aflojado, se acercó al oído de Witold:

— El capitán está furioso, — le dijo; — nuestro plan se ha desbaratado. Si hubiéramos estado casi solos, se os hubiera soltado en el bosque; ahora es menester ir hasta la ciudadela.

Witold, conservando su aspecto tranquilo y su rostro impassible, levantó los ojos y miró á Ignatiew. Tuvo lástima de él; tan desgarradora era la expresión de su mirada.

El pobre capitán había comprometido su honor; ¿cómo podría verlo libre ahora?

Iba á tener que pasar á la fuerza por las sombrías puertas de la fortaleza, llevando tras sí á ese compatriota, á ese hermano, á quien había jurado salvar. Y bien cerradas esas puertas terribles, ya no se volvían á abrir más que para los muertos... ¿Sería él el que se viera condenado á conducir á Witold al tribunal y al sepulcro? ¿Y su juramento á Alejandra? ¿Y su juramento á la patria? Todos estos pensamientos se leían en los ojos del joven capitán, que parecían extraviados, y sobre su frente, que se había puesto lívida. Por eso Witold, viéndolo sufrir cruel-

mente, quiso hacer un esfuerzo para darle un poco de tranquilidad.

— ¿No podría yo hablar una palabra al comandante? — preguntó al cosaco Sergio.

Este se acercó al capitán y le transmitió el mensaje del prisionero.

— ¿Qué queréis? — preguntó con frialdad Ignatiew acercándose á la escolta.

— Capitán, — dijo Witold, — conocéis mi nombre; sabéis que soy un hombre de honor. Vamos á pasar por un pueblo en donde vive mi hermana; que cree sin duda que he muerto en el último combate. ¿Queréis permitir que me quiten las cuerdas con que estoy amarrado para escribirla con lápiz unas cuantas palabras para que sepa mi destino?

Ignatiew hizo una señal y desataron las manos del prisionero. Mtolek buscó en su faltriquera y encontró en ella una cartera vacía que le habían dejado cuando le habían quitado sus papeles y sus armas. Rompió una hoja, en la cual trazó algunas líneas, y se las dió á Ignatiew. El joven capitán leyó estas palabras:

« Ignatiew, no desesperéis. ¿Creéis, no es verdad, que es vuestro deber darme la libertad y la vida? Hacedlo, si podéis; pero si faltan á vuestra buena voluntad y á vuestro valor las ocasiones, resignaos como yo me resigno. Muchas acciones generosas se han hecho impracticables; muchos brillantes proyectos han fracasado miserablemente; pero se puede uno consolar de todo. Los hombres pasan, la patria queda. Después de mí, tendrá aún jefes intrépidos y soldados felices. »

Al cabo de un momento, el capitán se acercó á Witold y le devolvió la carta.

— Prisionero, — le dijo, — vuestra letra apenas se puede descifrar. No puedo mandar vuestro mensaje á su dirección con unas señas tan mal escritas... El nombre de vuestra hermana ¿es como yo lo he copiado?

— Sí, — dijo Witold, que había leído en la hoja estas palabras trazadas rápidamente:

« Os salvaré sobre todas las cosas. Mi corazón me lo dicta, la patria me lo manda, y lo he jurado á una mujer. » Después el capitán dobló la hoja y la puso en su cartera, mandando á Hycio que volviera á atar las cuerdas.

Hubiera sido mejor para Witold que Ignatiew lo hubiera dejado con su resignación y su indiferencia. Esta sola línea que acababa de leer despertó una gran amargura en su corazón. Desde su lucha y su agonía de la víspera, había olvidado á Alejandra: ¿por qué venir á recordársela? Era ella la que, movida por una tierna lástima de mujer, había obtenido de Ignatiew la promesa de salvarlo. ¡Ella, hija de una nación enemiga! ¡Ella, á cuyo hermano él había matado! ¿No era humillante el verse siempre servido por una extranjera, que se obstinaba en pagar con beneficios las penas que le daba Mtolek?

Y sin embargo, ¿quién se sonroja en aceptar, cuando es el que da el amor?

¡El amor...! ¿Es que lo había conocido Mtolek alguna vez? ¿Qué era, pues, ese sentimiento bizarro del que hablaba Tadeo otras veces como de una turbación divina, como de una embriaguez deliciosa?

Durante un momento, no veía Witold los rostros enemigos que le rodeaban, ni su camino, ni la muerte, ni las cadenas; le pareció únicamente que Alejandra, como otra vez, sonriéndose bajo su piel de pantera y su dorado tirso, le presentaba la copa donde ya ella había mojado sus labios, y le decía sonriéndose: « ¿Quieres beber...? »

Y él acercaba tímidamente sus labios á la dulce bebida despreciada por mucho tiempo; los sentía estremecerse al contacto del frágil vaso y de las frescas manos de la joven... En este momento, el caballo de Hycio hizo un movimiento brusco, y Witold se vió llamado de pronto á la terrible realidad. Y como el despertar de este sueño le había parecido doloroso, no quiso ya dejarse dominar por él más: combatió contra la languidez y el ensueño, y cuando llegó á las puertas de la fortaleza era ya otra vez Mtolek el Mtolek de los días antiguos, cuyo nombre hacía huir á los rusos en los campos de batalla y les impondría aún respeto al pie del fatal caldoso.

Acercándose á la ciudadela, Ignatiew envió á Hycio á dar cuenta á Alejandra de la circunstancia que había sido causa de haber fracasado el proyecto de evasión, y asegurarle que haría todos sus esfuerzos para encontrar una ocasión más propicia. La joven se desesperó al pronto. ¡Witold estaba aún prisionero! Esta libertad que ella había querido darle, costándole tan penosas tentaciones y una tan cruel declaración, le había sido rehusada. Iba á llegar, la ciudadela cerraría sus puertas, y ¿qué suerte sería la suya detrás de estas grandes paredes?

Un momento sintió la señorita de Nebutoff un

estremecimiento de terror. Después recordó que Ignatiew había prometido salvar a Witold, y contó con que él no faltaría a su promesa. Y ella lo vería, esperando su cumplimiento. Este pensamiento la hizo sonrojarse, y se acercó muy conmovida a la ventana de su cuarto, que daba al patio. Estaba muy oscuro en este momento, porque era ya de noche. Alejandra medio se escondió con las frondosas enredaderas que serpenteaban al rededor de su balcón.

—Es menester que no me vea,— se dijo;— ¿ó es que el verme podría consolarle? Estoy segura que no piensa sino en su pena y en la gravedad de su desastre.

Hablándose de este modo, sus ojos se llenaron de lágrimas; pero impuso silencio á los latidos de su corazón, y muy pálida con sus vestidos de luto, esperó la llegada del prisionero.

Muy pronto se oyó el galope de los caballos en el puente levadizo de la fortaleza, y las dos compañías de cosacos penetraron en el patio. Era precisamente el momento de la retreta, y los tambores tocaban al rededor del recinto. Favorecido con este ruido, Ignatiew se acercó al prisionero, le dijo algunas palabras al oído en el momento en que pasaron bajo el balcón de Alejandra...

Witold levantó la cabeza y sintió que su corazón latía fuertemente. Había más bien adivinado que reconocido lo que era esta sombra, ligera entrevista bajo el follaje de la clemátide y de las campanillas.

En este momento, una ramita de azahar, tal vez tronchada por el soplo de la brisa, cayó del balcón y se paró en las crines del caballo de Ignatiew. Este se inclinó para cogerla.

—No es para mí— dijo de quedo á Witold— yo os la daré al momento.

Después, el joven capitán se acercó sin querer el ramo á sus labios, y lo retuvo hasta que llegaron al calabozo de Witold.

Este era un cuarto pequeño y bajo de techo, dando á un largo corredor, y tenía una ventana enrejada que daba á los fosos de la ciudadela. Esta prisión estaba en el piso bajo; pero las barras de hierro eran demasiado sólidas para evadirse. Hubiera sido necesario pasar mucho tiempo para limarlas, y cada cuarto de hora, el centinela colocado á la entrada del cuarto abría la puerta para asegurarse de la presencia del prisionero. Al otro extremo del corredor había otro centinela.

Allí fué donde Ignatiew dejó al cautivo, y se le desataron las manos al entrar en el cuarto. Antes de alejarse, el joven capitán se acercó al lecho, y levantando la miserable cubierta, dejó caer allí el pequeño ramo florido.

XVI

Al día siguiente Ignatiew, después de haber presentado su informe al coronel, estaba solo en su cuarto; había tratado de saber por el señor de Nebutoff cuál era la suerte que se reservaba al prisionero; pero el coronel se había limitado á responderle que no sabía aún nada y que esperaba órdenes, cuando su criado entró para advertirle que un mensajero había traído para él un paquete sellado.

Un amigo del capitán le enviaba, decía él, cigarrillos de Varsovia. Ignatiew mandó que se los trajeran. Ya en posesión del mensaje, cerró la puerta, deshizo el paquete, deslió el papel de un cigarrillo y lo acercó á la luz. En este no vió aparecer nada; en otro fué más feliz: sobre el papel de seda estaban dibujados el águila y el jinete de Lituania, sello del Gobierno nacional, además había escritas algunas líneas con una letra fina y apretada:

«Nosotros Kot**, ministro de la Guerra, hemos sabido por informes del ciudadano Tadeo Oskierko la derrota y cautiverio de Witold Turns, llamado Mlotek, comandante del distrito de Kurpia. La vida de este ciudadano es preciosa para la nación, y ordenamos al ciudadano Ignatiew, capitán al servicio de la causa nacional, de procurar el ponerlo en libertad á cualquier precio que sea.»

—Ya está decidido— dijo el joven.— Dentro de algunas horas todo estará concluido, y yo estaré pronto para morir... Alejandra va á ser dichosa— pensó con un poco de tristeza.— Después de todo, nunca me ha amado. ¿No es mejor que sea así?

Poco más ó menos á la misma hora, le llevaban á Witold su escasa ración de prisionero. Era el cosaco Hyrcio el que se había encargado de esta comisión, y Mlotek reparó que, poniendo la batea sobre la mesa, le señaló el pan con una mirada.

En seguida que salió el cosaco, partió el pan como dudando, y encontró en él una esquela escrita con lápiz. Era de Alejandra.

«Sabéis, á no dudarlo, por qué fracasó el proyecto de ayer— le escribía la joven.— Si queréis tener confianza en mí, os proporcionaré hoy otra ocasión. Fingid que estáis enfermo, pedid ropa y sábanas.

Vuestra petición se presentará á mi padre, y yo haré de modo que mi ama os lleve estos objetos. Os dejaré al mismo tiempo, ya sea una lima para limar los hierros de vuestra ventana, ya sean vestidos de mujer para que os escapéis en la hora que Hyrcio su hijo esté de centinela en vuestra puerta. Decidme lo que preferís, y poned el billete en vuestro pan para que me lo entreguen. Vuestra suerte me causa compasión, y no quiero veros morir. Dejadme el consuelo de haber arriesgado y tentado alguna cosa para salvaros.»

Witold tomó el lápiz y respondió con estas palabras á los ofrecimientos de Alejandra:

«La tentativa de que me habláis, señorita, podría tener terribles consecuencias. Se acusaría á vuestro padre de ser cómplice en mi fuga: se atreverían tal vez á mezclar vuestro nombre en este peligroso negocio y atribuir á extraños móviles la generosa compasión que demostráis á un prisionero. Permittedme, pues, que al mismo tiempo que os doy gracias del fondo de mi corazón, rehuse vuestro ofrecimiento. Mi vida vale poco y la daría con alegría por mi país; pero no quiero salvándola, exponer vuestra reputación y el nombre de vuestro padre. Ya os he hecho mucho mal, pobre joven, que admito, y no quiero ser su verdugo hasta el fin. Dejadme que me llame vuestro amigo. W. J.»

La desesperación de Alejandra fué violenta cuando leyó esta respuesta.

Orguloso hasta lo último, insensible hasta el fin, rechazaba la vida que se le ofrecía, la suave mano que se inclinaba hacia él. Por más que él se disculpaba con el cuidado de su reputación, con la seguridad de su padre, todo esto no eran sino vanos motivos, y lo que era verdad, es que él no quería aceptar nada de ella... ¿No sabía él, pues, todo lo que hay

de divino en la abnegación, de radiante en el sacrificio, para venir á hablarle de consideraciones mezquinas, secundarias, que desaparecían como un punto negro ante la inmensidad del peligro...? ¡Y, sin embargo, parecía enternecerse, demostraba más que compasión, más que reconocimiento, una ligera vislumbre de ternura por la que sufría tanto por él...! Había escrito: vuestro... No, no era verdad; él no era para ella, ese corazón frío y orgulloso, que se parapetaba en su estoica dignidad y se resignaba á morir más bien que á saber que se le amaba.

En este momento, se presentó Ignatiew y encontró á la joven llorando.

—He aquí lo que le he escrito y mire usted lo que me responde— dijo ella.

—Y os afligís por esto? ¿Os admiráis de encontrarlo valiente y digno? Pensad que es hombre de honor, Alejandra, y que un hombre de honor no comete una cobardía para salvar su vida.

—Sería, una cobardía el aceptar mi socorro?

—¿Sería una cobardía el emplear un medio que puede traer la desgracia sobre un anciano, la ruina sobre una pobre vieja inocente, la sospecha y las murmuraciones sobre vuestra reputación, Alejandra.

—¿Por eso para ahorrar esto á los demás, como vos decís, él debe morir?

—¿Es que yo no estoy aquí? ¿Como podéis dudar todavía? Lo que ayer ha fracasado yo lo empezaré de nuevo mañana. Y os voy á tranquilizar. Veréis que de aquí en adelante, no estoy solamente comprometido con vos, sino también con la patria.»

Y dió á la joven el despacho del gobierno nacional. La señorita de Nebutoff lo leyó con viva emoción, con el seno acongojado, con los ojos brillantes.

(Se continuará)

LEASOMOSAEL
EASOMAMOSAE
ASOMADAMOS
SOMADUDAMOS
OMADUCUDAMO
MADUCAUDAM
ADUCAEACUDA
DUCAETEACUD
UCAETNTEACU
CAETNENTEAC
AETNEMENTEA
ETNEMENTE
TNEMADAMENT
NEMADADAMEN
EMADAIADAME

LEASOMADUCAETNEMADAIIFIADAMENTEACUDAMOSAE
EASOMADUCAETNEMADAIIFNFIADAMENTEACUDAMOSAE
ASOMADUCAETNEMADAIIFNONFIADAMENTEACUDAMOSAE
SOMADUCAETNEMADAIIFNOCONFADAMENTEACUDAMOSAE
OMADUCAETNEMADAIIFNOCROCONFADAMENTEACUDAMOSAE
MADUCAETNEMADAIIFNOCROCONFADAMENTEACUDAMOSAE
ADUCAETNEMADAIIFNOCROTORCONFADAMENTEACUDAMOSAE
DUCAETNEMADAIIFNOCROTCTORCONFADAMENTEACUDAMOSAE
UCAETNEMADAIIFNOCROTCECTORCONFADAMENTEACUDAMOSAE
CAETNEMADAIIFNOCROTCECTORCONFADAMENTEACUDAMOSAE
AETNEMADAIIFNOCROTCECTORCONFADAMENTEACUDAMOSAE
TCECTORTECTOR
CETORPROTECTOR
ETORPROTECTOR
TORPOROPROTECTOR
ORPOROPROTECTOR
RPORTSTROP
PORTSESTROP
ORTSEUESTRO
RTSEUNUESTR
TSEUNONUEST
SEUNOGONUES
EUNOGAGONUE
UNOGAIAGONU
NOGAI TIAGON
OGAITNTIAGO
GAITNANTIAG
AITNASANTIA
ITNASSANTI
TNASSANT

ES SANTIAGO NUESTRO PROTECTOR, CONFIADAMENTE ACUDAMOS Á ÉL

Las 50 letras que forman estas palabras, dispuestas como arriba se presentan, componen una cruz de 825 letras; en ella, principiando siempre por la E mayor y terminando en una de las cuatro L extremas, sin saltar letra alguna, pueden leerse las palabras sobredichas en 325.944.045.408 direcciones diferentes. Si por separado hubieren de escribirse, habría tan grande número de letras, quedando para 200 64 centímetros cuadrados; ocuparían más de 521 kilómetros cuadrados, y siendo la longitud de cada leyenda 285 milímetros, la de todas sería 92.894.052 kilómetros. Suponiendo que un móvil corre por hora constantemente 50 kilómetros, habría de emplear unos doscientos doce años para correr aquella longitud. Consigamos un día, por mediación del Santo Apóstol, conocer perfectamente á Dios en la celestial mansión, donde tendremos exacta idea de inmensas magnitudes.

Un suscriptor de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

CONFLICTO ANGLO-RUSO.



DESFILADERO DE ZULFIKAR EN EL AFGHANISTAN.

MISCELÁNEA

Hemos recibido la Pastoral que el primer Obispo de Madrid-Alcalá dirige á sus nuevos diocesanos con motivo de su instalación episcopal.

Con decir, como saben todos, que el autor de este magnífico documento es el Sr. Martínez Izquierdo, se comprende que han de resplandecer en él las cualidades de tan ilustre y sabio Prelado.

La Pastoral se dirige principalmente á ponderar los beneficios de la caridad, y á recomendar al clero y fieles de la nueva diócesis, que procuren corresponder á la gracia divina, que los visita con este medio de santificación y de gloria.

Dirigiéndose en elocuente apóstrofe á la capital de su nueva diócesis, dice lo siguiente:

«Debes, pues, felicitarte ¡oh noble villa de Madrid! por el favor con que te ha visitado el Señor. En medio de ti y en torno tuyo se acaba de constituir una de las iglesias de la cristiandad; desde hoy figurarás como uno de los títulos con que ostenta sus glorias la Iglesia de Jesucristo; brillarás como una de tantas piedras preciosas en el racional del sumo sacerdote de la nueva ley; tu nombre sonará siempre en los consejos del que hace las veces de Dios en la tierra, y tus Obispos tomarán asiento en las asambleas donde se proclama la ley del Señor.

«Grandes son tus glorias, como pueblo ensalzado por la Providencia cual ninguno en España. Si mientras la media luna dominó en nuestro suelo fuiste baluarte de gran precio para la morisma, apenas las huestes de León y Castilla cayeron sobre ella, haciéndola abandonar las márgenes del Tajo, tú empezaste á prestar poderoso apoyo á los reyes conquistadores; tus nobles caballeros pelearon á su lado, no dejándose aventajar en lealtad y en valor; los pendones de tu concejo ondeaban siempre en la vanguardia del ejército cristiano; tu fidelidad y cortesía hizo grata á los Monarcas la permanencia dentro de tus muros, hasta que el rey más temido de su siglo te declaró capital de la monarquía, reina de todos los pueblos de España.

«Desde este momento tu nombre fué repetido y venerado por todas partes, y no sólo fuiste centro de toda la península ibérica, sino que innumerables pueblos esparcidos por todo el orbe obedecían las leyes que aquí se dictaban y recibían los emisarios que de aquí salían: ante tus tribunales venían á tra-

tar sus causas, y de tus consejos esperaban la resolución de sus negocios. No ha habido punto desde donde se haya desplegado mayor autoridad que la que un día se ejerciera desde la recién coronada villa.

«Tal fué tu preponderancia, que atrajiste las consideraciones de los Prelados de una Sede, sobre la cual Dios se ha complacido en acumular honores; mas nunca pudiste apropiártelos, porque de los destinos de la Iglesia no dispone el poder de los hombres, sino que el ordenarlos está reservado al que hace las veces de su divino Fundador, Jesucristo. El es el que ha querido añadir este blasón á los inapreciables de tu nobleza, y sobre todo, el que á nombre de Dios, autor de toda santidad, te ha concedido este poderoso recurso de santificación.»

Quiera Dios, como lo esperamos, que sepa Madrid corresponder á tan grande beneficio del cielo.

Estadística curiosa. — El hombre existe en todas las temperaturas y climas; es decir, es cosmopolita. Se evalúa en mil millones el número de habitantes en la tierra.

Se cuentan tres generaciones por siglo, suponiendo cada una de 33 años: desde el principio del mundo hasta ahora ha habido 175 generaciones, y 55 desde la era vulgar.

Para un espacio de terreno igual al en que existe un hombre en Siberia, existen tres en Noruega, 14 en Suecia, 36 en Turquía, 52 en Polonia, 63 en España, 99 en Irlanda, 114 en Suiza, 127 en Alemania, 152 en Inglaterra, 153 en Francia, 172 en la Italia septentrional, 192 en la Italia meridional, 224 en Holanda, 1.103 en Malta.

Se hablan 3.046 lenguas sobre la tierra, á saber: 587 en Europa, 937 en Asia, 276 en África y 1.264 en América.

El número de hombres y mujeres es casi igual: es verdad que sobre 40 niños nacen 21 varones, pero también guarda la misma proporción la mortandad de la niñez.

La cuarta parte de los habitantes del globo vive en las grandes poblaciones.

La vida media del hombre es de unos 33 años. De las personas que nacen, la cuarta parte mueren antes de los siete años y la mitad antes de los 17; de modo que la mitad de las personas que sobreviven á esta época gozan de una dicha rehusada á la mitad del género humano.

Sobre 10.000 hombres, suele llegar uno á los

100 años. Sobre 100 sólo hay 6 que lleguen á 66; por cada 500 llega uno á 80.

Contando sobre la tierra 1.000.000.000 de habitantes, mueren en cada año 33.333.333, poco más ó menos; cada día 91.324; cada hora 3.880; cada minuto 63 y cada segundo 1; esta pérdida está compensada con los nacimientos, cuyo número sobrepasa en un vigésimo al de las muertes.

El menor grado de la vitalidad, es de 1 por 100.

Los que tienen una vida activa y sobria viven mucho más tiempo.

Los hombres de elevada estatura suelen vivir más que los pequeños.

Las mujeres viven menos que los hombres hasta los 50 años, pasada cuya edad tienen más probabilidades de vida.

El número de matrimonios es al de los habitantes de un país como 755 á 1.000.

El mayor número de nacimientos se verifica en el mes noveno después del equinoccio ó del otoño, es decir, Diciembre y Junio. Los que nacen en la primavera se hacen más fuertes y más sanos.

Los partos son más frecuentes de noche que de día en relación de 5 á 3.

Mueren mayor número de personas durante la noche que durante el día en la relación de 10 á 6.

En toda población puede evaluarse la cuarta parte de los hombres en estado de llevar las armas y soportar los trabajos de la guerra.

ADVERTENCIA

La Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se complace en servir á los suscritores de provincias los libros que nos pidan; pero á fin de evitar el disgusto de que los libros se pierdan en Correos, como sucede con harta frecuencia, todos los encargos de esta clase que se nos hagan deberán acompañar á su importe cuatro reales más por correo y certificado.